

Palabra

REVISTA CULTURAL
DICIEMBRE 2024 | NÚMERO 37

TRAS LA HUELLA DE NEAL CASSADY EN SAN MIGUEL DE ALLENDE

Por Ramón Ángel Acevedo, "Rakar"

EDICIÓN DE

el Vigía

Fotografía: Imagen de Neal Cassady y Jack Kerouac por "Rakar" (Fotografía original de Carolyn Cassady).

Director General

Arturo López Juan

Director de Información

Enhoc Santoyo Cid

Director Editorial

Gerardo Sánchez García

Gerente Administrativo

Alfredo Tapia Burgoin

Coordinadora de Publicidad

Ma. Del Socorro Encarnación Osuna

Coordinadora de El Vigía Digital

Sandra Ibarra Anaya

Editor PALABRA

Rael Salvador

Corrector

Manuel Quintero

Diseño Editorial

Arturo Corpus

Fotografía

Enrique Botello

Colaboradores

Carlos Mongar, Sergio Gómez Montero, Gabriel Trujillo Muñoz, Federico Campbell (+), Daniel Salinas Basave, Leobardo Sarabia, Santiago M. Zarria, Manuel Quintero, Enrique Botello, Héctor García M., Óscar Ángeles Reyes, Fernando Mancillas, Iliana Hernández, Ruth Gámez, Herandy Rojas, Carlos-Blas Galindo, Alberto Manguel, Jeanette Sánchez, Martín Caparrós, Alfonso Lorenzana, Eduardo Cruz Vázquez, Eric Rodríguez Ochoa, Jorge Ruiz Dueñas, Carlos Velázquez, Jazmín Félix, Lidia Jorge y Dimitris Yeros.

Corresponsales en el extranjero

Ferdinando Scianna (Italia); Cony Mollet-Sigüenza (Francia); Ramón Ángel Acevedo, “Rakar” (Chile); Patrick Liotta (Argentina); Héctor García Mejía (Los Ángeles).

Corresponsal en Tijuana

Enrique A. Velasco Santana

Av. López Mateos, No. 1875. Ensenada, B. C. México.

Teléfonos para publicidad: 120.55.55, extensión 1023.

EDITORIAL

Sin palabras...



Navidad en Gaza, de Osama Hajjaj.

ÍNDICE

Tras la huella de Neal Cassady en San Miguel de Allende /	
Ramón Ángel Acevedo Arce, “Rakar”	págs. 3 a 5
Y muy tarde comprendí / Jorge Ruiz Dueñas	págs. 6 y 7
Mexicali: tres libros entre lo histórico, lo periodístico y lo literario /	
Gabriel Trujillo Muñoz	págs. 8 a 10
De bestias sin memoria / Iliana Hernández Partida	pág. 11
Caldo de Fernandomanía para el alma del amante del rey de los deportes /	
Carlos Velázquez	págs. 12 y 13
Hacia una genealogía de la filosofía: entre fe y saber /	
Fernando Mancillas Treviño	págs. 14 a 16
Un cuentón de lágrimas / Eduardo Cruz Vázquez	pág. 17
Hermanos Marx: Surrealismo Black & White / Rael Salvador	págs. 18 y 19
Palabras para una muchacha con perlas llamada Kamala Harris /	
Lidia Jorge	págs. 20 y 21
La guerra eterna / Alberto Manguel	pág. 22
El tiempo de la mariposa / Rael Salvador	pág. 23
La palabra rosa / Martín Caparrós	pág. 24

Palabra no responde a colaboraciones no solicitadas ni asume como propias las opiniones de sus columnistas y comentaristas. La opinión de la revista literaria se encuentra reflejada en su editorial.

Todas las imágenes y fotografías que aparecen en la presente edición son utilizadas con fines informativos. El equipo editorial se ha dado a la tarea de indagar los derechos de autor correspondientes o su procedencia, consciente de su obligada autoría. En caso de omitir algún crédito, ofrecemos una disculpa y agradeceremos la información brindada para incluirlo en una posterior edición.

raelart@hotmail.com

TRAS LA HUELLA DE NEAL CASSADY EN SAN MIGUEL DE ALLENDE

(O “todo lo sólido se desvanece en el aire”, mas lo líquido también)

El poeta beatnik, immortalizado por Jack Kerouac como el personaje Dean Moriarty terminó sus días a sus casi 42 años en México, en el estado de Guanajuato



Por Ramón Ángel Acevedo Arce,
“Rakar”

Fotógrafo y escritor, corresponsal de
Palabra en Chile y en otras partes de
América
elviajederakar@hotmail.com

Hace algunos meses tuve la ocasión de documentar tres pueblos emplazados en el estado mexicano de San Luis Potosí (Real de Catorce, Cerro de San Pedro y Armadillo de los Infante). Ya antes de arribar, sabía que a 180 kilómetros de allí, en un lugar llamado San Miguel de Allende (estado de Guanajuato) había terminado sus días el poeta *beatnik* Neal Cassady. Me propuse, entonces, seguir sus huellas en esta zona centro de México habitada e invadida por muchos gringos pensionados de buena situación. Arribando a esta hermosa ciudad, declarada Patrimonio Cultural de la Humanidad por la UNESCO (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, por sus siglas en inglés), para nada me interesaron las numerosas tienditas, galerías y restaurantes para turistas fresas, y la siempre variopinta y extraordinaria artesanía mexicana. En su centro histórico hice unas pocas fotografías de callejuelas adoquinadas en medio de una arquitectura colonial de cantera rosa, y también de dos lugareños que se encontraban sentados platicando al costado de un templo, y cuya única pretensión era cobrarme en dólares por unas imágenes.

Inmortalizado como el personaje Dean Moriarty por su compañero de rutas Jack Kerouac en su libro *En el camino* (1957), Cassady constituía para mí un verdadero enigma y atracción por su delirante y rocambolesca forma de vivir, pero ante todo, por su existencia errante y su estirpe de perdedor. Había llegado a San Miguel de Allende a inicios de 1960 invitado por Gregory Corso (otro miembro de la escena literaria *beat*), y era el prototipo del escritor vagabundo, hedonista, iconoclasta y mujeriego, tal como queda fielmente reflejado en este libro de culto de la *beat generation*. Escrito con un estilo desenfadado, sus páginas nos narran las aventuras principales vividas por Sal Paradise y Dean Moriarty (en la vida real: Jack Kerouac y Neal Cassady, respectivamente) en una desaforada travesía que lleva a sus protagonistas por diferentes estados de Norteamérica, incluyendo México, y que nos evoca la música de jazz



Foto: Carolyn Cassady

salida de oscuros bares clandestinos y luces de neón que alumbran sórdidos moteles de mala muerte. En suma, un viaje frenético por diversas carreteras, interrumpido por el auto *stop*, el desenfreno, las juergas de alcohol y marihuana, todo ello como el mítico telón de fondo de la búsqueda vitalista de una generación refractaria a todos los convencionalismos sociales, y que fuera la antesala de los hippies.

Inspirador de muchos de sus compañeros de letras, Cassady, más que un escritor, era una especie de demiurgo, mezcla de Jean Genet y de Paul Newman. Del escritor francés, por el abandono sufrido en su niñez, la internación en reformatorios y un pasado delictual, y del mítico actor norteamericano, porque “se movía y hablaba como él” en el papel de Eddie el Rápido en el film *El buscavidas* (1961), tal como recuerda Lawrence Ferlinghetti en el Prólogo de *El primer tercio*, una de las escasas obras de Cassady que constituye su autobiografía inconclusa. Quizás, despojándolo de ese halo con el que el esnobismo literario tiende a recubrir a sus personajes, Neal Cassady no era más que un “fanfarrón”, como deja entrever el mismo Ferlinghetti al concluir el mentado prólogo.

Cansado ya de la fauna turística, y obsesionado con el propósito que me había conducido a San Miguel, le pedí a un taxista que me llevara a la antigua estación de trenes situada en la periferia, y en donde barruntaba que podría encontrar algún rastro del poeta *beat*. Para mi asombro, esta estación (que data de 1888), había sido remodelada como lugar de exposiciones después de un largo período de abandono en que fue refugio de personas *homeless*. Escudriñé en medio de vagones derruidos, caminé sobre añosos durmientes por más de un kilómetro, indagué en antiguas casas colindantes de algunos lugareños que habían sido ferroviarios (como la familia Cabrera Villafuerte, y otras), pero ni los más ancianos sabían quién era Neal Cassady, y menos aún algunos de sus hijos o nietos que ya ocupaban las moradas de sus deudos. Ningún monolito, ninguna inscripción que diera señales que este poeta errabundo —un día de febrero de 1968— había acabado tendido en un tramo de la vía férrea como resultado de una sobredosis de alcohol y barbitúricos a sus 41 años. Desalentado, regresé al centro histórico de San Miguel y pregunté al inquilino de una de las antiguas cantinas, pero sin mejores resultados. Pasada la medianoche, abandoné resignado esta ciudad de retorno a San Luis Potosí.

Individualismo, banalización y mercantilización de la “Cultura”

De niño y de joven admiraba a los escritores y artistas, y a todos aquellos que lograban trascender la mediocridad y creaban algo superior con su intelecto o con sus propias manos. Me parecía que eran seres impolutos, un dechado de virtud a toda prueba, y poco menos que celestiales, a la manera de los ángeles caídos de Wim Wenders en un entorno alienante y opresivo. Con el paso de los años fui comprendiendo que en el mundo de la llamada “Cultura”, y en particular el de las letras (y lo hago extensivo también a la fotografía), es generalmente una sentina que adolece de las mismas vilezas e imposturas que el prosaico mundo de los negocios, con el agravante que se encubre con toda clase de eufemismos. Al final pude comprender que en esta vida cada quien trata de vendernos algo, cualquiera sea el producto. Con razón decía Antonin Artaud, para quien el arte debía tener “un deber social”, que “toda la gente de letras es cochina, y especialmente en este momento” (*El Pesanervios*, 1925).

Si hace siete u ocho décadas los hombres de cultura aún abrevaban sus pensamientos en sistemas filosóficos que estaban en boga (existencialismo, personalismo, neoescolasticismo, marxismo, cristianismo,



Foto: “Rakar”

etc.), y los artistas y escritores giraban en torno a movimientos artísticos que pretendían, si no transformar, al menos incidir directamente en la sociedad en que vivían (expresionismo, dadaísmo, surrealismo, el mismo movimiento *beatnik*, etc.), hoy el individualismo ha permeado todas las esferas de la cultura, y sus resultados, por lo general, no son más que mercancía que deviene finalmente en espectáculo carente de densidad. Ya lo adelantó hace más de medio siglo el situacionista francés Guy Debord, al afirmar: “El movimiento de banalización que, bajo las multicolores diversiones del espectáculo, domina mundialmente a la sociedad moderna, la domina también bajo cada uno de los puntos en donde el consumo desarrollado de mercancías ha multiplicado aparentemente los roles y los objetos a escoger” (*La sociedad del espectáculo*, 1967).

Y ni qué decir de ese estercolero en que se desenvuelve el mundillo de los editores. Recuerdo que en una editorial que me recomendaron para publicar mi primer libro de fotografías, la gerente judío-argentina, interpellándola frente a sus marranadas al momento de concluir mi contrato, afirmaba con almibarada ternura que a ellos les interesaba sobremanera “el fo-

mento de la cultura por sobre el lucro y los negocios”, aunque varias fueron las noticias previas que me informaron de una de sus habituales trapacerías, cual era birlarle el 10% que les correspondía por ley a cada uno de los autores que se autofinanciaban (ya sea con recursos propios o institucionales); práctica ruin de la que yo mismo estuve a punto de ser su víctima.

Hace ya tres años, comencé a ejercer como director de arte y cuidado de edición de una pequeña editorial independiente cuyo propósito es hacer de cada libro un objeto de arte en sí mismo. Ello me ha puesto en contacto con algunos autores que desean publicar (afortunadamente de manera tangencial, porque lo que me ataño, de manera directa, es la estética del libro y su fotografía). En una época de tanta autocomplacencia, todo el mundo quisiera decir algo sobre su vida y, en la mayoría de los casos, el desiderátum por ver el nombre propio en letras de molde supera con creces la capacidad para decirlo o ponerlo en palabras, sin considerar si tiene la calidad y la validez para tal fin. Tal como reza el refrán: muchos son los llamados, pero muy pocos los elegidos.

Me asombra también comprobar cómo la vanidad y el individualismo han escalado en nuestras sociedades modernas en proporciones nunca antes vistas. Pero esto no siempre ha sido así. Antaño, por ejemplo, las grandes catedrales eran construidas de manera colectiva, y los hombres ni siquiera imaginaban ver su nombre inscrito en el mármol, pues sólo eran espectadores de una realidad heterónoma que los trascendía. El proceso de individuación y la noción misma de individuo, tiene sus raíces en el umbral de la era moderna (siglo XVII), en que el hombre, rompiendo la vinculación con lo trascendente y lo Absoluto que predominaba en la Edad Media, hace de sí mismo el centro de su preocupación. Ya en plena expansión de la modernidad, pareciera que el individuo asumiendo la conciencia de su fugacidad y pequeñez en un mundo impersonal y hostil, compensara ese sentimiento con sus ansias compulsivas de sentirse alguien y de “aparecer” en primera fila ante el destello evanescente de lo actual. La expansión de las redes sociales, la explosión de las *selfies* y la exaltación de la privacidad, fomentan lo que se ha llamado “identidades líquidas” en las sociedades contemporáneas, y estas son tan sólo algunas manifestaciones o la punta del iceberg de un proceso mucho más complejo que apunta al resquebrajamiento de todas las certidumbres y estructuras. De esto nos dan cuenta exhaustivamente varios autores contemporáneos, entre ellos el ensayista Umberto Eco, quien, basándose en los conceptos de “sociedad líquida” y “vida líquida” del sociólogo polaco **Zygmunt Bauman**, en su libro póstumo de crónicas nos dice: “Con la crisis del concepto de comunidad sur-

ge un individualismo desenfrenado, en el que nadie es ya compañero de camino de nadie, sino antagonista del que hay que guardarse. Este ‘subjektivismo’ ha minado las bases de la modernidad, la ha vuelto frágil y eso da lugar a una situación en la que, al no haber puntos de referencia, todo se disuelve en una especie de liquidez” (*De la estupidez a la locura: Crónicas para el futuro que nos espera*, 2016).

La vida del hombre se torna “líquida”, sin substancia

Según datos recientes de la UNESCO, hoy en día se publican más de 2,2 millones de libros anuales en el mundo, y sólo una minúscula parcela de ellos logrará la tan anhelada trascendencia a la que este ejército incommensurable de escritores y escritoruelos aspira. A su alrededor se mueve también todo una cohorte de especímenes que profitan venalmente o se benefician de la llamada “Cultura” (editores, curadores, correctores de estilo, inútiles asesores de proyectos, gestores y activistas literarios en programas de faramalla magazinesca, y otros personajes afines). Todos ellos se me asemejan a esos insectos que, en su lucha por la supervivencia, se alimentan de los rastros que van dejando a su paso otros animales de mayor envergadura. No me opondría a su existencia, si su labor conlleva un sentido profundo y creativo de transformación valórica, cognoscitiva o espiritual, sólo que siempre, mayoritariamente, predomina el mismo objetivo, que es vendernos un producto sin substancia recubierto en el celofán de los “bienes culturales”, alimentando así sólo la trivialidad cuantitativa y la hojarasca cultural. Hay muchos de estos especímenes que, cultivando la vanidad y el vedetismo, ejercen su quehacer como un vano entretenimiento infralúdico (al modo en que lo hacían con sus mamarrachadas los surrealistas más elementales y mediáticos), o como pretexto para “vincularse a personalidades interesantes”, según el *mainstream* imperante de la banalización. Y otra vez viene en nuestro auxilio Guy Debord para dilucidarnos su espuria función: “El agente del espectáculo puesto en escena como vedette es lo contrario del individuo, el enemigo del individuo tanto para sí mismo como evidentemente para los otros. Pasando en el espectáculo como modelo de identificación, éste ha renunciado a toda cualidad autónoma con el fin de identificarse él mismo a la ley general de la obediencia al curso de las cosas” (*La sociedad del espectáculo*).

Como ejemplo de la fatua vanagloria predominante, hace algunos meses una pintora becaria de una residencia artística compartida, publicó un libro con lo

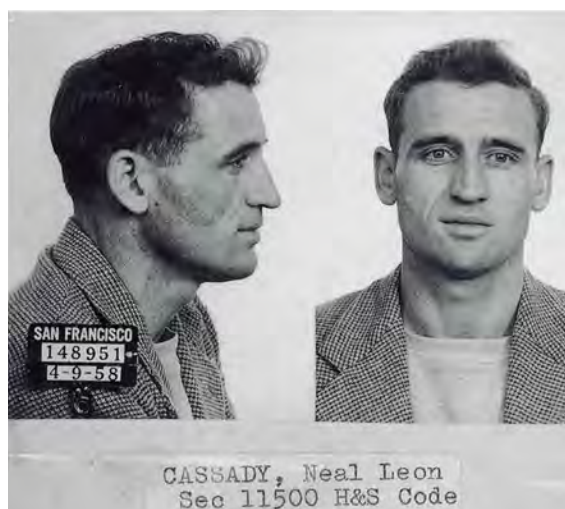


Foto: Archivo Palabra

que presumo era una parte o el total de su obra, y me envió la portada del mismo. Mi respuesta fue: “se ve interesante tu libro”. A lo que ella respondió con un dejo de arrogancia: “pues sí que es interesante”. Ignoro si su publicación lo era o no, el hecho es que publicar un libro, si bien tiene la connotación de “interesante” para su propio autor (pues si no fuera así, no lo publicaría), no necesariamente lo hace digno de interés para todos. ¿Cuántos miles de millones de personas hay que ni siquiera se interesan en leer una sola página?

En mi vinculación con el trabajo editorial, me he topado con variados escritores y requerimientos disímiles, desde aquellos más sensatos que depositan toda su confianza en la mirada estética del editor (y/o diseñador), hasta solicitudes funambulescas, como aumentar en portada el tamaño de fuente usada para el nombre propio del autor; en desmedro del formato del logo editorial. O bien, que la reseña de la contraportada de un libro deba ser realizada indefectiblemente por un escritor connotado, como si por ósmosis esto hiciera medrar el valor de una obra (práctica muy extendida entre muchos fotógrafos de segunda, que esperan que en sus publicaciones un texto verbalice lo que no dice su fotografía).

Goya, que sí era un artista de los grandes y daba pruebas irrefutables de su humildad, con más de 80 años decía: “aún aprendo”. Pero tal parece que el egotismo y la orientación narcisista de algunos autores puede sobrepasar cualquier límite, y si llegan a prestar atención a una indicación, es simplemente como una forma de sentir multiplicado el eco de sí mismos.

Karl Marx, en *El Manifiesto Comunista* (1848), había sentenciado que “todo lo sólido se desvanece en el aire” y, a renglón seguido, agregaba: “todo lo sagrado

se profana”. Tomando esta misma frase para título su libro homónimo, el filósofo estadounidense Marshall Berman analiza lo dicho por Marx que resulta ser, en mi opinión, la mejor caracterización de *La experiencia de la modernidad* (y este es atingentemente el subtítulo de su obra de 1982). Para Berman, en esta vorágine de las sociedades modernas en que todo lo sólido se esfuma y humidifica en el aire, la vida del hombre se torna “líquida”, sin substancia y muchas veces disoluta, sometida a los vaivenes de un permanente cambio. Así, en este estado delicuescente de las cosas, el individuo, a cambio de las pobres monedas de lo actual y del confort, ha trocado la verdad por los aplausos, y el “ser” por el “aparecer”.

Convendría recordarles a tantos infatuados de sí mismos (neuróticos del éxito, los llamaba Pier Paolo Pasolini), y a todos aquellos que se aferran insensatos al mágico sonido de su nombre y a la promesa deletérea de la posteridad, que después de su muerte — en menos de 6 lustros —, con suerte serán recordados por algún familiar cercano, y en 100 años nadie sabrá que existieron y sus obras en el olvido desaparecerán, porque “todo lo sólido se desvanece en el aire”, mas lo líquido también.

Ya concluyendo, me viene al recuerdo el triste final del poeta lárlico chileno Rolando Cárdenas (que dicho sea de paso, era un hombre generoso), quien murió abandonado en la pobreza y en la indiferencia de muchos, como tantos otros que le seguirán, o como el mismo Neal Cassady evocado liminarmente en estas páginas, que aun perteneciendo a un movimiento contracultural relevante como fueron los *beatniks*, y habiendo alcanzado cierta celebridad por todo ese influjo que suscitó en su generación, nada ni nadie lo recordaba como pude constatar en San Miguel de Allende, en donde el poeta exhaló sus últimos suspiros tendido en el silencio y la penumbra, quizás mirando una estrella fugaz como él mismo lo fue.

Y precisamente desde el locus de lo sagrado —terreno preeminente de profanación por esta líquida modernidad—, resulta imperativo recordarnos que poner nuestra mirada sólo en las cosas visibles y perecederas de este mundo, es condenarnos a la pobreza espiritual, porque “Todo está hecho de polvo, y todo al polvo volverá” (*Eclesiastés 3:20*), como les ha ocurrido y les seguirá ocurriendo a las sucesivas generaciones hasta el final de los tiempos, y a todos cuantos se envanecen como víctimas ilusas de esta máscara efímera que somos, de este Olvido inexorable que seremos, bajo la indiferente luz del Sol ☼.

Rakar / Horcón, Chile, Día de Muertos de 2024.

Y muy tarde comprendí

En su libro, el promotor cultural y escritor tijuanense evoca a los ausentes o lo que antes fuimos, ya que todos llevamos una historia personal iniciada mucho antes de nuestra existencia en el mundo



Por Jorge Ruiz Dueñas

Poeta y narrador. Premio Nacional de Periodismo en divulgación cultural 1992, otorgado por el Gobierno de la República. Premio Xavier Villaurrutia 1997 por *Habitaré tu nombre* y Saravá jorgeruizdueñas@prodigy.net.mx

tienen, como yo, el futuro en el pasado”, escribió Fernando Pessoa con la pluma heterónima de Bernardo Soares en el *Libro del desasosiego*. Así es, pero en todo caso, esto lo hacemos en la conversación continua de una mesa de amigos, o en la revelación de páginas escritas a veces con la sonrisa que enmascara la ansiedad no exenta de dolor.

En la mayoría de las narraciones iniciales o capítulos, si se quiere, Pedro no pretende hablar tanto de sí mismo como de una saga, la de su estirpe. Ese árbol de familia cuyas raíces se dispersan en cada uno de nosotros, porque todos llevamos una historia personal iniciada mucho antes de nuestra existencia en el mundo. Su libro no llega acompasado al ensalmo de las vidas ilustres o ejemplares, sino como los relatos de una cotidianidad que recupera el mundo verdadero al cual no somos ajenos. Las mismas calles y la misma gente, los mismos lugares y la compartida página de nuestro

pasado común, desfilan en sus *líneas ágiles y realistas*. Pero no son estas las memorias de un lugareño, porque las circunstancias de fondo son valores fundacionales de nuestra idiosincrasia y, en consecuencia, la lectura no solo es apta para una zona o generación, porque en el fondo, como la tonada del *filósofo de Juárez* —de donde toma su título el autor, a la manera de un canturreo lejano de la radio en la ventana del vecino—, todos comprendemos demasiado tarde. Hablar de los abuelos y los padres, de los hermanos y los amigos, de los primos y

los tíos y de toda la genealogía reunida en una dilatada relación de nombres, caídos como las hojas en el otoño, mientras otras aún se mecen en la ventisca de los días, es una forma de decir: “aquí estamos”. En la primera puerta de América Latina es importante refrendarlo, porque se juega una doble identidad: la de una frontera cultural y espiritual que nace con el idioma, y la de los asentamientos de la historia reciente surgidos como expresión de voluntad colectiva, ese acto volitivo

Quizá recuperar a quienes viven en nuestra memoria, sea otra forma de acercarnos a nosotros mismos. Por ello, la otredad siempre convive con la consciencia de ser y estar, es autorreferencial. Bastaría con recordar a León Felipe y afirmar: “Quiero decir quién soy para que tú me respondas quién eres”. Cuando Pedro Ochoa Palacio nos lleva a los meandros de sus recuerdos, toma consigo sus penates. Esos dioses domésticos a quienes dirigimos la mirada todas las mañanas de nuestra existencia con la impronta bifronte de Jano. O mejor aún, con los ojos múltiples que no se ha llevado la muerte, como en el poema de Cesare Pavese. Unos ven hacia afuera desde el interior del ser para conocer qué hay más allá del presente o entenderlo, y otros ven hacia adentro para encontrar la razón de ser en lo que fue o fuimos. A la manera del mito de la caverna de Platón, el conocimiento del mundo y la educación sentimental se tornan contemplaciones liberadoras del cautiverio de la verdad como una metáfora siempre renovada.

Desde las *Confesiones* de san Agustín que el cristianismo ha insistido en presentar como la primera autobiografía de Occidente, pasando en nuestro espacio latinoamericano por *Confesio que he vivido* de Pablo Neruda donde Carlos Fuentes advierte el valor de revelar las imperfecciones del poeta, o *Vivir para contarla* y la inútil distinción entre la imaginación y la memoria de Gabriel García Márquez, una forma de encontrar consuelo a la ausencia y fortaleza para continuar viviendo surge del acto de evocar a los ausentes o lo que antes fuimos. “Todos

“A la manera del mito de la caverna de Platón, el conocimiento del mundo y la educación sentimental se tornan contemplaciones liberadoras del cautiverio de la verdad como una metáfora siempre renovada”



plural que transcurre en un itinerario más o menos perceptible y consustancial al sentimiento de arraigo. Ya lo he dicho antes. Esta es la dinámica de la identidad en ciudades novísimas. Se trata de repetir como el Adelantado, personaje literario de la singular novela *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier, cuando se percataron de que habían fundado una ciudad: “Fundar una ciudad. Yo fundo una ciudad. Él ha fundado una ciudad. Es posible conjugar semejante verbo. Se puede ser Fundador de una Ciudad. Crear y gobernar una ciudad que no figure en los mapas, que se sustraiga a

los horrores de la Época, que nazca así de la voluntad... en este mundo del Génesis”.

Por lo demás, nunca es desdeñable la recuperación de la urbe antigua desvanecida, como todas, con la gentrificación y la modernidad perpetua. Ese cambio acelerado rebasando siempre nuestra capacidad de asimilarlo y aquí, entre relatos, piedras miliares de una biografía novelada, a unos nos lleva a la coincidencia de sitios y circunstancias, aunque los territorios urbanos y aun los rurales se han transformado con la historia patria, y en ello, esta narración también tendrá algo por decir a los recién llegados a la crónica de esta y muchas otras zonas donde la vida se desenvuelve a pesar de las circunstancias. Por mi parte, me he encontrado en algunos espacios públicos con el Pedro del pasado y otros los he recuperado con su auxilio: la vieja plaza de toros, las escuelas y las colonias, los cines adonde llegábamos con nuestros zapatos lustrados merced a las habilidades miríficas de los aseadores del callejón del Travieso y en el bolsillo las gomas de mascar compradas al ciego de la calle Segunda y avenida Revolución que guardaba el misterio de la luz detrás de una placa metálica para dar fe de su condición, por si fuese necesario; la precaria alegría hebdomadaria del Parque Teniente Guerrero (el primero de Tijuana); la antigua zona del *Río que cubrió de canales y edificios una gran laguna de pobreza* y de cartón llegada desde el centro de nuestras contradicciones sociales; la frontera de aquellos tiempos con su reja rodante, pero nunca cerrada, desde donde a veces parece venir en un túnel de viento el golpe de un toletazo de madera, como los de aquellos juegos de béisbol visibles sobre el antiguo Puente México; y después esa franja porosa y extranjera donde se erigían áreas de visita frecuente y aspiracional.

Rutas paralelas para todos

Hay que decirlo, los personajes de Pedro Ochoa se mueven con la misma intensidad que los de la niñez de Federico Fellini en su clásico *Amarcord*, que en romañol significa “yo me acuerdo”. Pero Pedro Ochoa avanza en su relato *más allá de la infancia*, tras tejer las relaciones familiares con la Revolución que tocó a la puerta de nuestros ancestros, hasta los tiempos donde se bifurcan siempre los senderos de la gente joven. La narración se monta en la fábula reciente, con las aulas y las ideologías y los viajes iniciáticos. Aparecen de carne y hueso personajes apreciados y vehementes como el profesor Rubén Vizcaíno Valencia, nacido en Comala sin ser hijo de Pedro Páramo porque decidió ser hijo de Tijuana. Uno puede repasar también la historia

“Ahora cuando he leído sus andanzas de escolapio y apasionado bachiller, reales o imaginarias, me percateo cómo se asoma aún en el escritor el mismo devoto actual de las expresiones culturales, no ajeno a la dinámica social”



Jorge Ruiz Dueñas, Pedro Ochoa y Edmundo Lizardi, en la presentación de libro *Y muy tarde comprendí* (Archivo Histórico Pablo L. Martínez, Festival literario Lunas de Octubre).

propia, mientras las hojas de papel nos despliegan significados y significantes del narrador, pues las obsesiones, los desencantos juveniles y la ilusión de una alegría colmada de deseos, son rutas paralelas para todos y siempre es ineludible recorrerlas. Por eso, la experiencia del autor luego toma protagonismo, pero más aún la ficción ahora bordada como una ucronía *íntima* y así entra en nuestra propia piel. Lo que iniciara con la exactitud del jardín de la memoria, se transforma y establece un nuevo pacto con el lector para dar paso a narraciones donde se funden personajes y hechos. Las páginas finales llevan al desenlace de un amor perdido, cierta felicidad inconclusa que pudo ser en el relato o en la existencia del autor, pero se fue en camión hacia las llanuras de La Mesa mientras al poniente se perdía la tarde en los ribazos de almagre asomados al mar.

Aunque vecinos, pues nuestras casas están a una cuadra de distancia, supe de Pedro Ochoa hasta 1989 y a 3 mil kilómetros de distancia, porque las brechas generacionales ya habían iniciado su empedrado proceso. Desde entonces hemos tenido un trato continuado, más por la camaradería y la amistad que por razones laborales, y eso me ha permitido conocer en su momento a muchos de esos seres entrañables en el deambular de estas páginas, descritos con donosura y guiños. Ahora cuando he leído sus andanzas de escolapio y apasionado bachiller, reales o imaginarias, me percateo cómo se asoma aún en el escritor el mismo devoto actual de las expresiones culturales, no ajeno a la dinámica social.

Subrayo el privilegio de haber conocido a su padre, don Pedro; a Olguita, su madre, y al inolvidable Arturo, su hermano, que las aristas del destino lo llevaron a la vorágine solo por cumplir a cabalidad sus responsabilidades como funcionario público. Como antiguamente sucedía en otras generaciones, no cualquiera entraba a la *domus*, al hogar. Ser invitado era la mejor entrega de reconocimiento o afecto. Y a esa antigua y noble tradición se afilia Pedro.

Pero dos virtudes, puedo percatarme ahora, se acendran con el tiempo en su esencia humana: la filiación absoluta y lealtad a los suyos, al rito tribal que cohesiona sin el filtro de la razón; y su capacidad para entender el mundo y transitar por diversos caminos con disposición para apurar el cáliz que le corresponda. Si algunas veces, nos confiesa Pedro Ochoa Palacio, se preguntó cuándo era el momento para voltear atrás y poner los hechos en la balanza y pasarlos en claro, como diría Octavio Paz, yo entiendo que acertó, no sólo por el paso de las tragedias personales y la resiliencia donde la individualidad se fragua, sino por entender como en una epifanía que no quería olvidar las verdades ya arraigadas en su alma. Es verdad, aun con picardía, en este libro hay nostalgia y hay saudade. Pero son esas páginas las que preservan la historia de quienes nos importan. Y si bien, esta no es totalmente una obra de ficción, porque el autor simultáneamente la respalda con su convicción y testimonio, podría serlo apelando a las mismas razones que Fernando del Paso arguye al inicio de *Palinuro de México*: “La razón por la cual algunos de sus personajes podrían parecerse a personas de la vida real, es la misma por la cual algunas personas de la vida real parecen personajes de novela [...]”. **P**

Mexicali: tres libros entre lo histórico, periodístico y literario

Los habitantes de esta población fronteriza se han dedicado a contar las historias que responden a su espíritu común, distintivo que preserva su ánimo existencial



Por Gabriel Trujillo
Escritor y poeta, autor
de Espantapájaros y Tijuana city,
tres novelas cortas
angel.gabriel.trujillo.munoz@uabc.edu.mx

Una historia nada lineal de Mexicali

Como capital del estado libre y soberano de Baja California desde 1915, Mexicali es una ciudad que, por su historia y desarrollo, por las distintas culturas que la forjaron, es única en sus gestas comunitarias y en sus gestos colectivos. Podemos entenderla como una urbe hecha contra viento y arena, plena de prodigios y milagros, de maravillas y pesadillas. De ahí que los habitantes de esta población fronteriza se han dedicado, generación tras generación, a contar las historias que responden al espíritu común de los mexicalenses, a preservar su espíritu distintivo, sus afanes, sus hazañas. Su ánimo existencial.

Entre los escritores que han escudriñado su pasado, que lo han contado en periódicos, revistas y libros, sobresalen personajes como Héctor González, Pablo Herrera Carrillo, José Castanedo, Pedro F. Pérez y Ramírez, Celso Aguirre, David Piñera, Valdemar Jiménez Solís, Francisco Dueñas, Adalberto Walther Meade, Maricela González, Óscar Hernández, Raúl Navejas, Yolanda Sánchez Ogás, Aidé Grijalva Larrañaga y quien esto escribe, entre muchos otros. Ahora se les suma un historiador profesional, miembro del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Autónoma de Baja California (UABC), Víctor Manuel Gruel Sánchez, que en 2023 publicó su libro *Abecedario de Mexicali. Historia no-lineal de su urbanización en el siglo XX*.

Gruel despliega su abecedario entre el caos que ha sido el desarrollo urbano de Mexicali y el que sea una ciudad plana, llena de líneas rectas, pero también plena de laberintos propios de cada una de sus etapas históricas. Ante ello, nuestro autor reconoce que: “Las ciudades existen gracias a que hay una formación geográfica específica basada en rasgos naturales y objetivos, aunque también hay una serie de mitos e ideas subjetivas que les confieren vida. Este libro no abusa de la dimensión objetiva, ni tampoco descarta

ciertas subjetividades y mitologías que le confieren a Mexicali una imagen nacional e internacional”. Y es que, como ciudad de frontera, estamos ante un poblado-urbe-metrópoli que ha mantenido su carácter fronterizo sin perder su aire de campamento en medio del desierto.

Entre estos hitos selectos podemos encontrar, en este libro-rompecabezas, sitios y lugares como aeropuertos, boliches, ejidos, ferrocarriles, parques, iglesias, lagunas, fábricas, monumentos, quioscos, ranchos, plazas de toros, viviendas, secciones urbanas, subestaciones, así como la UABC, las colonias agrícolas, el Río Nuevo, el zoológico de la ciudad y en medio de todo ello, con la mirada curiosa del que no quiere perderse nada, aparece el yo del propio historiador, el cuentista de las mil y una noches y días de un Mexicali que es jolgorio y desastre, trabajo y negocios, esfuerzo y persistencia. Sin embargo, nuestro autor insiste en que hizo una selección de lo que es Mexicali omitiendo “de manera consciente y deliberada, algunos temas con el propósito de renovar su visión histórica. Por eso mismo, no abordé con exotismo el tema de la cultura china o chistes ramplones sobre el verano y los hábitos de consumo de cerveza (artesanal o comercial) de los habitantes de Mexicali. Nada de eso figura en este abecedario”. En cierta forma, lo que aquí se nos presenta es un Mexicali de clase media, urbano más que rural, ubicado orgulloosamente en la segunda mitad del siglo XX, deseoso de mostrar los puntos torales de su vida cotidiana y de su herencia histórica.

Si vamos a más profundidad, descubrimos que es el Mexicali trabajador, emprendedor, el que más aparece entre sus páginas. Gabinete de curiosidades de un autor que se siente fascinado por el mundo ciudadano que marca sus referencias existenciales, sus indagaciones académicas ante propios y extraños. Como lo dice Gruel, su abecedario se concibe desde una época, el siglo XXI, donde la condición mexicalense ha evolucionado hacia formas distintas de

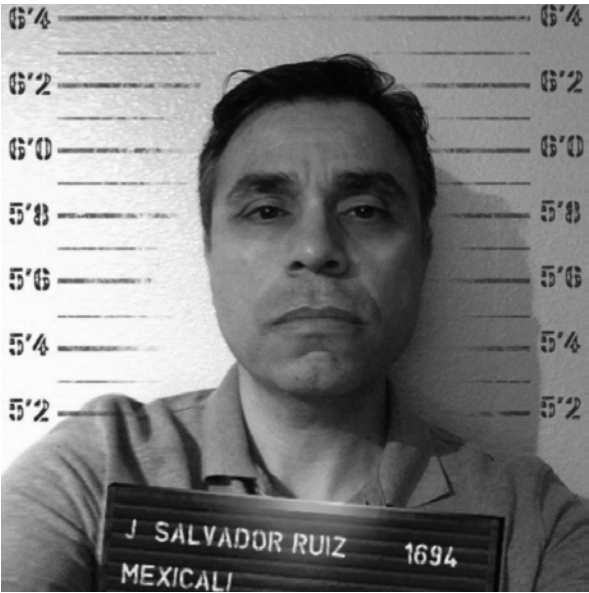


vivir la mitología local basada en el desierto, el calor y la cerveza, para dar paso a una sociedad con menos particularidades propias. Desde la perspectiva de Gruel, todo esto hace que Mexicali se asemeje, hoy en día, a cualquier otra ciudad de frontera posterior a la globalización forzada desde los centros de poder. El habitar la ciudad contra todo pronóstico es lo que más se expone en este libro: la forma en que los mexicalenses tomaron para sí este poblado fronterizo y lo hicieron suyo. La perspectiva de Gruel es la de los empresarios, políticos y agricultores que se abrieron paso por estas tierras, sin más leyes que las que ellos establecieron, sin más estilos de vida que los que ellos adoptaron para su propia supervivencia. Aunque no se exprese directamente, lo que aquí resalta es la ambición, la codicia, el voluntarismo a destajo en una sociedad de frontera que despierta la curiosidad inmensa de este joven historiador, que ya ha hecho aportaciones importantes a la historia regional. Por eso mismo, este es un libro imprescindible para interesados en la vida comunitaria de la ciudad capital de Baja California. Una obra que apea a la nostalgia urbana desde su prosa crítica. Obra que quiere ir más allá de lo ya dicho sobre Mexicali. Texto que prefiere contar lo cachanilla desde sus actuales contradicciones, pesares y ausencias. Una nueva ruta para descubrir quiénes somos en nuestra cambiante realidad fronteriza. Por eso vale la pena leer este libro. Por eso vale la pena analizarlo, comentarlo, discutirlo.

Crónicas del Distrito Rojo: la nota roja hecha ficción

Y ahora pasamos de lo histórico como urbanismo a los histórico como periodismo. El contexto es cercano entre el libro de Gruel y *Crónicas del Distrito Rojo* (Universidad Autónoma de Sinaloa-Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2024), de José Salvador Ruiz, un escritor mexicalense nacido en 1971, quien ha destacado como narrador de ficciones policiacas y como estudioso del pasado criminal de la capital del estado.

Como bien lo señala José Salvador Ruiz, este trabajo nace con la intención de narrar la historia de Mexicali desde su lado menos glamoroso. Por lo mismo, “no se circunscribe al recuento de hazañas épicas ni a la vida de hombres ilustres o a la repetición sin fin de efemérides fundacionales”. Ruiz añade, con el interés de clarificar lo que contiene esta obra que: “Todos los relatos escritos para este libro están inspirados en noticias publicadas en el *Calexico Chronicle* y, en menor medida, en otros diarios



El autor de *Crónicas del Distrito Rojo*.

norteamericanos sobre crímenes cometidos en el Distrito Rojo de Mexicali entre 1909 y 1921. En este sentido se trata de relatos híbridos que cabalgan entre la nota criminal y el cuento. La mayoría de los personajes están inspirados en individuos que existieron, pero todos tocados por la imaginación para construir relatos de estas noticias criminales. Las notas seleccionadas muestran la diversidad cultural existente en esas primeras dos décadas del siglo XX en Mexicali”.

“Gruel despliega su abecedario entre el caos que ha sido el desarrollo urbano de Mexicali y el que sea una ciudad plana, llena de líneas rectas, pero también plena de laberintos propios de cada una de sus etapas históricas”

Sin embargo, esa diversidad cultural — de la que formaban parte mexicanos, estadounidenses, chinos, afroamericanos y demás residentes de la frontera— se veía expresada a través de actos delictivos de toda naturaleza: robos en plena calle, peleas letales, homicidios dolosos, infidelidades sin cuento y represiones del Estado, pues entonces México vivía en las postrimerías de la dictadura porfirista y entraba de lleno a los años de la Revolución Mexicana. Lo interesante de *Crónicas del Distrito Norte* es que Ruiz ha tomado los datos duros periodísticos, los qué-quién-cómo-cuándo-dónde, y ha llevado la información a secas al campo de la literatura. Ha hecho de lo informativo un reservorio de historias por contar desde lo subjetivo, lo personal, lo creativo. Esto ha permitido que lo macabro y lo sórdido se vuelvan recuento de lo real con estilo propio, donde la poesía relumbra: “el fulgor de los puñales hirió la noche”, dice; pero también donde sus protagonistas son pintados en claroscuros pasionales, en dibujos a tinta gruesa, en perfiles criminales de personajes que parecían una

cruza de ángeles y demonios.

Estamos ante una serie de crónicas efectivas en su trato con la realidad, una especie de repaso de la vida fronteriza donde se amalgama el género negro con la novela de vaqueros, que toma a Mexicali como un pueblo del viejo oeste, como una ciudad de paso, como un albergue provisional para forajidos y tipos duros (y tipas duras, hay que decirlo) que se reúnen bajo la fiebre del contrabando en tiempos de la ley seca. Mexicali como un polvorín que todas las noches explotaba, un espectáculo público y gratuito a la vista de nativos y extranjeros, un pueblo de rompe y rasga lleno de muertes sospechosas y gente de gatillo raudo.

Con *Crónicas del Distrito Rojo*, Salvador Ruiz ha empezado otra ruta creativa. A este escritor mexicalense, perteneciente a la generación de autores nacidos en los años setenta del siglo pasado, se le conoce y reconoce como uno de los principales autores policiacos de la frontera norte mexicana. Sus libros de cuentos y novelas así lo atestiguan. A la vez, se ha labrado un prestigio como estudioso del género Noir, siendo un descubridor de obras y escritores pioneros de este género literario que hoy es, en nuestro país, un auténtico generador de la más vívida literatura nacional. A todo esto, Ruiz ahora añade una veta igualmente rica para la creación literaria, el periodismo y la crónica histórica: el relato que, utilizando noticias criminales, es transformado en texto de la imaginación, en objeto de una narrativa que toma los datos duros y los convierte en fuente de historias de ficción, en la creación de personajes que salen de las páginas amarillentas del *Calexico Chronicle* y resucitan ante los ojos de sus lectores.

Crónicas del Distrito Rojo nos ofrece una travesía por el Mexicali en sus orígenes y es aquí donde descubrimos la evidencia de que la frontera no es ahora violenta: siempre lo ha sido. Terreno en disputa donde la muerte juega a los dados con sus habitantes. José Salvador nos cuenta algunos de esos episodios que parecen tan actuales, tan similares a los que hoy vivimos. La historia, aprendemos con este libro, es una rueda de la fortuna, un asesinato sin escrúpulos, un acto de prepotencia, una orden desde el poder en turno.

Acompañemos a nuestro autor hasta el fondo del abismo fronterizo, donde el abuso es cotidiano, donde el horror a todos desnuda. He aquí la ciudad donde nadie necesita de diez justos. He aquí una literatura periodística, presentada con el estilo literario del género negro, que no quita el dedo de la llaga, que grita lo que tantos otros cronistas callan. He aquí

una obra de ficción que brota de la realidad misma y de ella se nutre. Como lo dice el gran Martín Caparrós: “la crónica será marginal o no será”. Ahora José Salvador la ha llevado a su propio territorio: la crónica será fronteriza, como cruce de caminos, o no será. Porque él, como escritor, quiere hacer que lo periférico, que lo criminal sea el centro de nuestra atención, el foco de nuestra literatura. Crónica histórica no como un documento amarillento sino como un organismo vivo. Sangre hay en estas páginas y disparos a quemarropa, contrabandistas embozados y cuchillos listos para usarse, pipas de opio y meretrices para todos los gustos. Escenas del crimen descritas por las plumas de periodistas fronterizos, para quienes Mexicali era un misterio lleno de humo de pólvora y heridas a la vista de todos.

Asuntos familiares: relatos del azar fronterizo

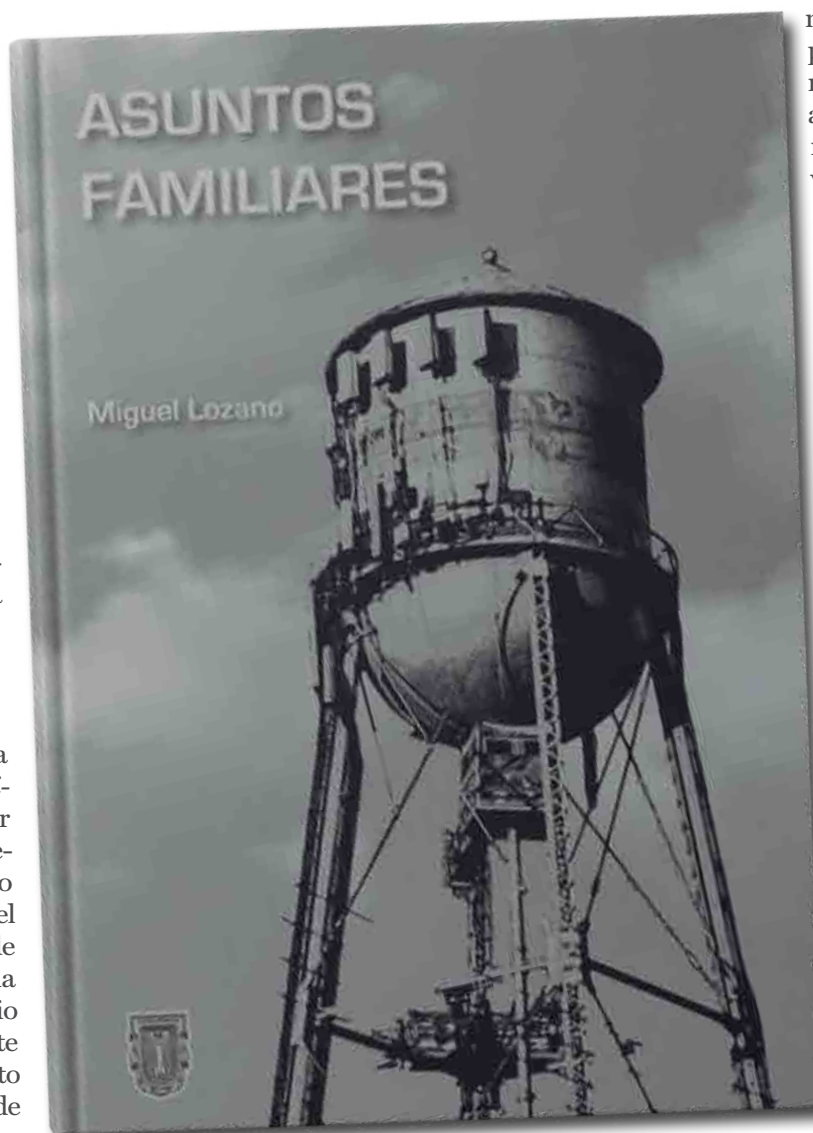
En 2023, la UABC, nuestra máxima casa de estudios, publicó el libro *Asuntos familiares* de Miguel Ángel Lozano, un profesor universitario y periodista cultural que ha hecho de Mexicali su punto de interés como narrador —sin excluir otros lugares, como el puerto de Ensenada—. Este compendio de cuentos, escritos entre 2008 y 2020, ganó la Selección Anual para el Libro Universitario y puede considerarse el primer libro de este autor, su carta de presentación como literato más que como investigador de los medios de comunicación y de los *hackers* como figuras culturales.

Si la historia mexicalense tiene un peso considerable en los libros de Víctor Gruel y de José Salvador Ruiz, en cambio, en Lozano estamos ante un autor literario que quiere contar la vida actual de la ciudad capital de Baja California desde una perspectiva irónica, enfocada en los distintos mundos que la conforman: los domésticos, los laborales, los mitológicos. Relatos fronterizos en su búsqueda de cruzar fronteras y explorar lo imaginativo, lo absurdo, lo sórdido que ofrecen las diversas formas de vivir y comportarse de sus residentes habituales. En ese sentido, la narrativa de Miguel está más en sintonía con la prosa de morras cabronas de Elma Correa y con el estado de ánimo curioso de Nylsa Martínez, dos

“Crónicas del Distrito Rojo nos ofrece una travesía por el Mexicali en sus orígenes y es aquí donde descubrimos la evidencia de que la frontera no es ahora violenta: siempre lo ha sido”

escritoras con las que Lozano comparte terrenos en común, experiencias de clase media en plan fronterizo.

Asuntos familiares es un título afortunado. Los cuentos de este libro se mueven en lo familiar, pero avanzan hacia lo extraño y lo fantasmagórico. Narrativa de portentos y milagros, de terrores y prodigios que escapan de lo cotidiano y marchan hacia los territorios de la imaginación a paso redoblado. Lo interesante aquí es que estos relatos están revestidos con los gestos de la normalidad, con los actos más rutinarios del diario vivir. Lozano no es un creador de mundos maravillosos sino de pesadillas que se asientan en los sitios menos legendarios: la casa, el trabajo, la calle. En ellas, sus personajes son una especie de desdobra-



miento de las diferentes facetas de su propia personalidad: inquisitivos, críticos, exaltados, reflexivos. Sean figuras del animé o suicidas, aparecidos o enamorados, podemos considerar a esta reunión de narraciones especulativas, que utilizan la vieja fórmula de qué pasaría si tal o cual cosa sucediera. La aportación de nuestro autor es mostrar que, en el lugar más seguro de la realidad, el velo de las apariencias puede desgajarse, que el azar es otro nombre para llamar al destino.

Por todo lo anterior, la obra prima de Miguel Ángel es, sin duda, una ruta de ficción creativa que, aunque toma ciertos géneros como brújula, prefiere salirse por la tangente y no ser simple narrativa criminal, o relato de terror, o cuento de ciencia ficción. Su apuesta es por hacer de lo irreal un juego a compartir con sus lectores. El Mexicali que aquí surge funciona como un pretexto para describir la vida de frontera como un estudio de temperamentos sociales, como una indagación en el corazón comunitario en relación a episodios protagonizados por seres mitológicos o literarios, pero también por personajes de nuestro siglo XXI, como *influencers*, narcos o simples trabajadores de empresas corporativas. Una riada de mexicalenses que se comporta como si todo mundo corriera “como gallina sin cabeza”, como si nada importara más que cumplir con las expectativas del prójimo.

Tres libros, tres autores

Gruel, Ruiz y Lozano asumen lo mexicalense desde distintos puntos de vista. Pero algo tienen en común: que esta ciudad de frontera los hipnotiza, los atrae para contar de ella sus historias, sus crímenes, su vida diaria. Ya sean indagaciones académicas, periodísticas o literarias, estamos ante una literatura que desmenuza lo propio y nos lo entrega como un nuevo misterio por descifrar. Ahora son los lectores los que tienen la palabra. Porque Mexicali es, antes que otra cosa, un espejismo en el desierto: un oasis lleno de relatos por contar, de crónicas por compartir. Y estos tres libros así lo demuestran: Mexicali es el centro creativo de nuestra *Dimensión desconocida*, de nuestra *Twilight Zone*. ¿Quién se adentra en su horizonte fulgurante? ¿Quién se atreve a andar a la intemperie, a mediodía, en pleno verano? ¿Quién reclama esta ciudad como su destino comunitario, como su mitología personal? **P**

De bestias sin memoria



Por Iliana Hernández
*Es docente y traductora.
Escribe artículos, ensa-
yos, cuentos y poesía*
premoniciones@hotmail.com

Me dijo que en la selva resuenan los pasos de los animales que fuimos, con vehemencia le habló al cielo de incredulidad que me cargaba yo en el hombro. Me aseguró que antes de tomar por fin la forma de ser humano, todos sobre esta tierra olvidamos la otra materia que le dio alojamiento a lo contenido en la cabeza y el pecho, a esa sustancia eterna que sólo dejaba un cuerpo para irse a vivir a otro. Me reveló no sólo eso, sino de los ahogos de ranas y plantas que uno fue antes de los tiempos posibles. Yo le creí porque en la selva se oyen muchos ruidos indescriptibles, como de agua que se escapa con miedo, como de pájaros perdidos en grietas de rocas salitrosas, como de plantas que murmuran con sus cuerpos laxos o de piedras suicidas que, por su gusto de huir, se arrojan al barranco y revientan en miles de pedazos en espera de años por venir para ser minúsculas, polvo y nada.

La selva no es tan lejana y desconocida: abre su matorral y orquídeas rojas cuando avanzo entre la bruma de la ciudad de Lima. Es confuso el ritmo de mi respiración, no puedo dejar de ver a las mujeres jaguar en las esquinas, sus párpados pesados hipnotizan a quien se atreva a mirarlas. En tres segundos la niebla se las traga y en su lugar, una infinidad de truchas me ofrecen relojes, calcetines y plátanos, no sé qué decir; apenas llevo medio pensamiento hilado cuando una garra me lleva del brazo a echar ojo al pisco; “deme dos botellas”, digo, ya comienza el frío tan temprano.



Imagen: El sueño, de Henri Rousseau

Bebo algunos tragos y me asomo por la ventana a ver la cúpula ennegrecida de la iglesia de San Francisco, unos peregrinos esperan pegados al costado de su muro, son hormigas que cumplen con la penitencia de entregar un tributo más allá de su carne. Mi fe no es tan fuerte como la de colibríes o tucanes que religiosamente ofrecen su voluntad a temerarias libélulas, he oído que ellas offician ritos paganos en cuevas bajo cascadas. Mi fe es que-

“Me reveló no sólo eso, sino de los ahogos de ranas y plantas que uno fue antes de los tiempos posibles”

bradiza, por eso trato de recordar lo que me dijo sobre mi esencia bestial, ¿quién fui antes de ser ésta?, cierro los ojos y escucho bramidos, sonidos metálicos, vientos feroces trozando brazos de algarrobo, no hay duda, todo eso fui y hacia allá voy.

Me pierdo en las avenidas borrosas de la noche, de tanta neblina mi cara se llena de rocío, no puedo ver más allá de mis pasos, el mundo se ha ido.

Quedan algunos ladridos a lo lejos, cláxones de la impaciencia, gritos que piden justicia para los campesinos. Me agobia una espesa conciencia, un desvanecimiento pleno de náusea, la agitación mía en la caída lenta, mi mejilla sobre la baldosa.

Mi recuperación borra todo sopor, ahora soy velocidad y aullido, carne herida por el filo de un vidrio, corazón que se agiganta y esquivo el tráfico. Será que me acostumbro a moverme diferente, será que regreso a la selva. **P**

EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

Caldo de *Fernandomanía* para el alma del amante del rey de los deportes



Por Carlos Velázquez
Narrador y cuentista, Premio Bellas Artes de Narrativa Colima 2018, autor de La Biblia Vaquera y El menonita zen
@charlyfornicio



Fotos: Cortesía

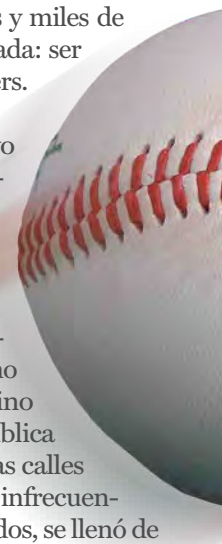
Existen diferentes tipos de don. El don de la creación. El don de la ubicuidad. El don de la clarividencia. Etcétera. Pero ninguno es tan especial como el don de ganarse el cariño de la gente. Y en ese departamento Fernando Valenzuela era un experto.

Un hombre puede llegar a esas instancias por distintos caminos. Al *Toro* le tocó a través de su brazo biónico. Nació tocado por la gracia. Pocos son los elegidos. Pero más pocos aún son aquellos que logran estar a la altura de su circunstancia. A Valenzuela lo impulsó el hambre. La que se siente en las tripas sí, pero también el deseo de mostrarle al mundo el regalo que Navojoa, Sonora, le tenía preparado. Mezcla de talento y humildad, a

los diecinueve años logró lo que miles y miles de prospectos no consiguen cada temporada: ser fichado por nada menos que los Dodgers.

“El Toro desató la Fernandomanía. Término que denominaba al fenómeno que se había creado no sólo en Los Ángeles, sino también a lo largo y ancho de la República Mexicana”

Existen astros cuyo esplendor es tan fulgurante que inventan un nuevo vocablo. *El Toro* desató la Fernandomanía. Término que denominaba al fenómeno que se había creado no sólo en Los Ángeles, sino también a lo largo y ancho de la República Mexicana. De la noche a la mañana las calles de las grandes urbes, de las provincias infrecuenteras, y hasta de los pueblos más alejados, se llenó de





un ejército de fanáticos de todas las edades, (niños, mujeres y hombres), que salían a la calle vistiendo los colores de los Dodgers.

Aficionados al béisbol de todo el país renunciaron a seguir a sus equipos tras la irrupción de la Fernandomanía. Cambiaron

a Medias Rojas, a Atléticos, a Bravos, por los Dodgers. Fui testigo privilegiado. Vi a mi padre dejar de seguir a sus amados Rangers para engrosar las filas de la nueva sensación de

veinte años. Y como si fuera un miembro más del equipo, desde entonces salía a la calle uniformado. Pantalón de mezclilla, botas, chamarra (en invierno, en verano playera) y gorra de los Dodgers.

Así fueron los primeros años de la década de los ochenta. Ningún otro mexicano en las Ligas Mayores ha amasado tanta popularidad como *El Toro*. Ni Teodoro Higuera, ni Aurelio Rodríguez. Valenzuela conquistó a los expertos con su tirabuzón. Y se ganó el corazón de la gente con su carácter reservado. Lo que despertaba todavía más la admiración de las clases populares. Uno de los nuestros, así consideraban a ese muchacho de veinte años que daba cátedra desde el montículo.

El cariño que despertaba Fernando era expansivo. Y no tardó mucho para que la gente empezara a idolatrar a Tom Lasorda. El hombre que además de mánager del equipo se convirtió en un mentor para *El Toro*. Algo que se antojaba impensable después del encono que despertó entre los mexicanos asentados en Los Ángeles el desalojo que sufrieron de Chávez Ravine para ahí construir el estadio de los Dodgers. Existe un disco que documenta musicalmente dicho episodio: *Chávez Ravine* de Ry Cooder.

El romance entre *El Toro* y la fanática reconcilió a la comunidad mexicana con el equipo. Algo que sin la figura de Valenzuela quizá nunca hubiera ocurrido. En parte gracias a la sobriedad con la que se condujo el pelotero. En la tierra del glamur, en la que Hollywood es el sueño más acariciable, Fernando impuso su sencillez. Lo que no le impidió conducir un Corvette. Algo que no pueden presumir todos los adolescentes que invierten sus fines de semana en los campos de béisbol llaneros de todo el país. Pero si algún día consiguen llegar a las Grandes Ligas tienen el ejemplo del *Toro* para no perder el piso.

En aquella época la manera de disfrutar el béisbol que más imperaba era escucharlo en la radio.

“Desde la noticia de la partida del *Toro* no existe número más emocional que el 34. Que sumados dan siete. Que representa el número de la suerte. Y que para beneplácito de los cabalistas significa que *El Toro* estaba destinado a ser un grande”

En las calles de todo México los fans de Valenzuela sacaban una silla o una mecedora a la calle y sintonizaban los partidos de los Dodgers. Las alegrías y las penas entraban por el oído. Y esa veneración que provocó Valenzuela se pasó de generación en generación. Así lo demuestran las pruebas de afecto de cientos de miles de fanáticos que eran demasiado pequeños durante la Fernandomanía pero que ahora que ha fallecido El Toro han expresado su admiración en artículos, videos, posts, historias de Instagram, etcétera.

Un toro que embestía a los rivales

En 1986 Valenzuela visitó Torreón. Hizo una demostración de lanzamientos en el Estadio Revolución. No

sé si invitado por los Algodoneros del Unión Laguna o como parte de una gira nacional. Mi padre y yo bajamos al campo y nos tomamos una foto con él. Recuerdo sólo un aspecto de ese encuentro. La gran solemnidad del momento. He leído en muchas partes que Fernando era un tipo jocoso. Sin embargo, por lo que se apreciaba en la foto más bien era ultra tímido. Mi padre me tiene cargado, tenía yo ocho años, y Fernando está junto a nosotros con las manos cruzadas sobre el guante.

Pero arriba del montículo Fernando se afilaba los cuernos. Se convertía en *El Toro*. Y embestía a los rivales, en ocasiones de manera inmisericorde. Como cuando lanzó ese juego sin hit ni carrera contra los Cardenales de San Luis. Si existe una hazaña a la que todo *pitcher* debe aspirar, además de ganar el Cy Young y la Serie Mundial (ambas las consiguió *El Toro*) era precisamente ésa. Congelar al enemigo. Atarle las manos y no dejarlo que utilice el bat. Y blanquearlo. No permitirle tomar acción en el juego. Por eso el béisbol es el único deporte que se podría calificar de perfecto.

Existen papeles que marcan a los actores. Gandolfini siempre será recordado como Tony Soprano. De la misma forma, hay jugadores que, aunque jueguen en otros equipos, serán recordados por uno solo. Es el caso del *Toro*, quien fue Dodger hasta la muerte, a pesar de haber desfilado por otras escuadras. Este tipo de simbiosis está reservada sólo a unos cuantos. Desde la noticia de la partida del *Toro* no existe número más emocional que el 34. Que sumados dan siete. Que representa el número de la suerte. Y que para beneplácito de los cabalistas significa que *El Toro* estaba destinado a ser un grande.

Pero a los milagros deportivos ni *pa* qué buscarles explicación. Es mejor entregarse a ellos sin reservas. Y fue lo que hicieron los miles de fernandomaniacos que no se cansan de presumir lo orgullosos que se sienten de las victorias del *Toro*. Y no cualquier tipo de victorias. Varias extraordinarias. Fernando demostró que existe vida después de los Dodgers. Que existe vida después del béisbol. Mientras la gente te recuerde, mientras la gente te siga admirando, seguirás vigente. Y el retiro será sólo un espejismo. El talento de Fernando para ganarse el cariño continuó intacto hasta el último momento de su vida. Es un don que nunca se pierde.

Hace unos días *El Toro* realizó el último de sus lanzamientos antes de abandonar este mundo al que tantas alegrías le regaló. Estoy seguro que fue un *strike*. 

Palabra

Hacia una genealogía de la filosofía: entre fe y saber

En su libro Una historia de la filosofía. Volumen 1. *La constelación occidental de fe y saber*, el filósofo y sociólogo alemán Jürgen Habermas distingue tres tipos de genealogías: la subversiva, la problematizadora y la vindicatoria



Por **Fernando Mancillas Treviño**
Profesor-Investigador de
la Universidad de Sonora
fernancillas@yahoo.com

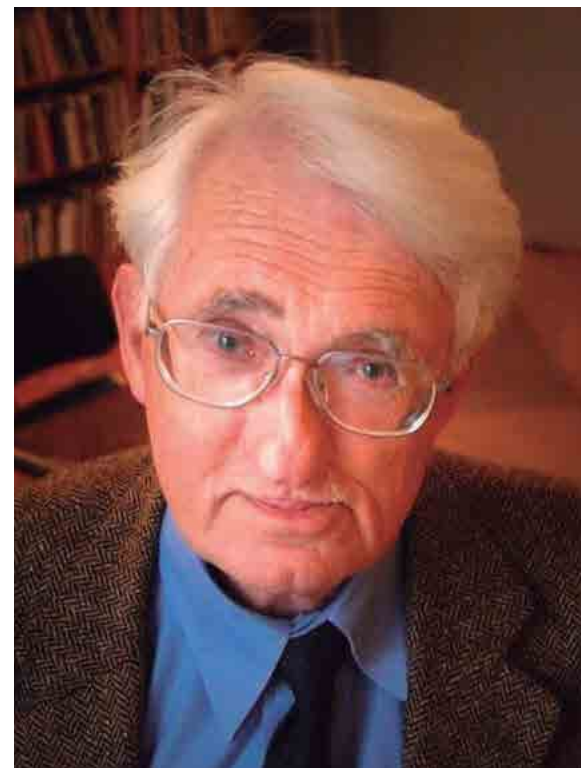
La vida es esperar.
Víctor Hugo

Porque nada salvo la desesperación puede salvarnos.
Christian Dietrich Grabbe

Remitiendo a la expresión genealógica en Friedrich Nietzsche (1844, Röcken, Alemania - 1900, Weimar, Alemania), como reconstrucción de fases de aprendizaje sociocognitivo, en su exploración de las huellas contingentes de ideas deslumbrantes y cautivadoras a lo largo de la historia de la humanidad, Jürgen Habermas (1929, Düsseldorf, Alemania) distingue tres tipos de genealogías.

Una genealogía *subversiva* como la indagación de enunciados con funciones latentes de conservación del poder, en la cual existe el carácter incuestionado de los sujetos a pesar de sus contradicciones manifiestas. El análisis del contexto genético se encuentra en una genealogía *problematizadora*, que cuestiona la inseguridad de los sujetos en sus convicciones, a través de una crítica ideológica, y la genealogía *vindicatoria* compartiendo con las dos anteriores la contingencia del contexto genético de cada una de las ideas con sus límites en la comprensión del mundo, observando sus estructuras como consecuencia de procesos históricos de aprendizaje.

En su decurso, aduce Habermas: “El giro antropocéntrico de la comprensión de sí y del mundo cuenta todavía como un proceso irreversible del conocimiento, pero su *relevancia* para nosotros, herederos del progreso, cambia a la luz del horizonte de manifestación genealógicamente ampliado y de hecho visible en sus contingencias: la autohabilitación de los sujetos comunicativamente socializados, que luego toman conciencia también de su limitada situación en la historia, la cultura y la sociedad, significa ‘emancipación’ en un sentido sumamente ambivalente, a saber: la liberación para el uso autónomo de la razón, pero al mismo tiempo, también la necesidad de aprender a



El filósofo Jürgen Habermas.

dominar con la propia fuerza las contingencias aceleradamente crecientes de una complejidad social producida por ellos mismos”.

Mientras tanto, en el horizonte social e histórico, la filosofía contribuye con la clarificación racional de la autocomprensión de la sociedad, participando en su integración y, en consecuencia, en los procesos de reproducción de la sociedad.

Tres regiones: China, India y Occidente

En su exhaustivo análisis, Habermas recorre el desarrollo filosófico en la Era Axial, considerada por el filósofo Karl Jaspers (1883, Oldemburgo, Alemania - 1969, Basilea, Suiza), como el periodo, entre el 800 a. C. y el 200 a. C., en el cual emergieron revoluciones



del pensamiento en tres regiones del mundo: China, India y Occidente. De ahí, surgen las doctrinas religiosas e imágenes del mundo consolidadas que continúan con su influencia hasta la actualidad.

En una época de gran expansión intelectual y cultural en China aparecieron las Cien escuelas de pensamiento, con el Confucionismo, el Taoísmo, el Moísmo, la escuela del Yin-yang, la Escuela lógica, el Legismo, la Escuela de los agraristas, la Escuela Zongheng, ente otras.

En Irán, el Zoroastrismo; en India, el Jainismo y los Upanishads, el budismo fundado por Siddhartha Gautama o el Buda; en Palestina surgieron los profetas Elías, Isaías, Jeremías y Deuterioisaías. En Grecia, Homero, Parménides, Heráclito, Platón, Tucídides, Arquímedes. En este sentido, destaca el autor: “La novedad de esa época es, en los tres mundos, que el hombre toma conciencia del ser en su conjunto, de sí mismo y de sus límites. Plantea preguntas radicales. Ante el abismo insiste en la liberación y la salvación. Experimenta la incondicionalidad en lo profundo de su mismidad y en la claridad de la trascendencia”.

En la época clásica de la filosofía china tanto Confucio (551 a. C. - 479 a. C.) como Lao-Tse (571 a. C.), “enlazan con las representaciones cosmogónicas de la religión popular. Manteniendo los mismos nombres antiguos, las imágenes míticas se transforman, sin embargo, en conceptos fundamentales cosmoéticos: uno moraliza el mandato del cielo, el otro ontologiza el Tao, y ambos, cada uno a su modo, rompen con el pensamiento mágico de la tradición”.

En su obra del *Tao Tè Ching*, Lao-Tse sugiere la sabiduría de la discreta pasividad y el abandono de toda determinación posible: “La doctrina del no hablar, / de la utilidad del no actuar: / en el mundo pocos son los que lo consiguen”. Y en esa armónica línea prosigue: “De los males, ninguno más doloroso / que el ansia de poseer”. “Precisamente porque no hace nada grande, / puede realizar algo grande”.

Más de dos milenios después, el legado de Lao-Tse continúa vigente cuando Byung-Chul Han (1959, Seúl, Corea del Sur) apunta: “La inactividad es una *forma de esplendor* de la existencia humana.” / “El callar le da profundidad al habla.” / “El *paisaje de la inactividad* no tiene fronteras divisorias. Las cosas se fusionan y se reconcilian”. (*Vida contemplativa*, 2024).

“Una genealogía subversiva como la indagación de enunciados con funciones latentes de conservación del poder, en la cual existe el carácter incuestionado de los sujetos a pesar de sus contradicciones manifiestas”



Desde una perspectiva comparativa, Habermas observa que “la filosofía griega desde Anaximandro (610 a. C. - 546 a. C.) hasta Sócrates comparten estructuras esenciales como las imágenes del mundo indias y chinas, pero les falta un arraigo en la praxis ritual. Finalmente se pueden compendiar las afinidades y divergencias, señaladas a título preliminar, en conexión con la doctrina platónica de las ideas, la cual destaca por el grado de diferenciación discursiva respecto de otras imágenes del mundo”.

Sin embargo, la retrospectiva se remite a Tales de Mileto (c. 624 a. C. - c. 546 a. C.), denominado como uno de los “Siete Sabios”, mantuvo un gran prestigio entre consejeros y legisladores participando activamente en la vida política de la ciudad. Se le reconoce una gran cantidad de descubrimientos en matemáticas, meteorología y astronomía. Predijo el eclipse de Sol del 28 de mayo de 585 a. C. y realizó una teoría que explicaba las inundaciones del Nilo.

Introdujo la geometría en Grecia. Se le considera el pionero de la elucidación filosófica y científica griega y occidental. Su discípulo, Anaximandro, fue el primer filósofo con un legado escrito. Consideró que el origen o principio de todas las cosas era lo *ápeiron*, definido como lo “indefinido”, “ilimitado”, o “infinito”.

Por otro lado, Parménides (520 a. C - 454 a. C),

discípulo de Anaximandro, establece “la importante distinción entre razón e intelecto, *nous y dianoia* (por una parte, la entrega *inmediatamente* intuitiva al todo, que nos comprende a nosotros en la comprensión; por otra, el conocimiento que fundamenta gradualmente, *mediado* por argumentos”. Y concluye: “Lo mismo es pensar y el pensamiento de que Es es; pues sin lo que es en que está expresado, no encontrarás el pensar”.

No obstante, la sucesión más célebre del mundo griego antiguo —entre maestro y discípulo—, fue la de Sócrates (470 a. C. - 399 a. C.), maestro de Platón (427 a. C. - 347 a. C.), que a su vez fue maestro de Aristóteles (384 a. C. - 322 a. C.). De sus enseñanzas, destaca la consideración de Sócrates de que “los verdaderos filósofos renuncian a todos los deseos que proceden del cuerpo, se contienen y no se entregan a ellos, porque no temen la ruina de su casa, ni la pobreza como la mayoría de los avaros, ni temen la infamia y la vergüenza de la indolencia como los despóticos y ávidos de honores; se abstienen, pues, de todo eso.” Platón, como ciudadano de la Polis, añade que “el hombre no puede desarrollar *verdaderamente* su esencia en la vida de familia y en el hogar, ni en el ejercicio de una profesión, de un trabajo artesano o de una actividad comercial, sino únicamente en la participación en la vida política de la ciudad.” Mientras que para Aristóteles “desde la perspectiva de la primera persona [...] sólo admite bienes dignos de ser deseados y metas

posibles de acción; al mismo tiempo, subordina esta perspectiva de la persona preocupada por sí misma a la *perspectiva-del-nosotros* de la comunidad de los ciudadanos de la *polis*, pues distingue como la praxis integradora, entre todas las prácticas, el arte político, es decir, la praxis política de los ciudadanos (por ejemplo, frente a la estrategia militar, la administración de la casa y la oratoria, como se dice al principio de la *Ética a Nicómaco*). Desde el principio, considera la *ética* como *una parte de la política*”.

El arco histórico que abarca el trayecto histórico de la genealogía de Habermas es inmenso. De la filosofía helenística de Plotino (250-270) a Agustín de Hipona (354-430); de Tomás de Aquino (1225-1274) a Juan Duns Escoto (1266-1308) y Guillermo de Ockham (1287-1347); de Nicolás Maquiavelo (1469-1528) a Francisco de Arcaya y Compludo, llamado de Vitoria (1483-1546).

Reproducción histórica de la sociedad

El marco teórico en que se sustenta la genealogía filosófica de Habermas es el de su teoría comunicativa de la sociedad. Desde esta perspectiva, se analiza la reproducción histórica de la sociedad bajo dos aspectos: “tanto bajo el de la *reproducción sistémica de las infraestructuras* que estabilizan la conexión funcional de la red de las interacciones frente a los entornos sociales y naturales, como también bajo el punto de vista de la *reproducción simbólica del mundo de la vida* (en el que, no obstante, permanecen *anclados* los sistemas, incluso cuando se diferencian más allá de su propio horizonte). La reproducción simbólica de la vida se puede representar como un proceso circular. Los que actúan comunicativamente, en cuanto tratan de entenderse entre sí y con el mundo, se nutren de los recursos del mundo de la vida; a su vez, este los abastece, en el modo intuitivo ‘saber cómo’, con un saber cultural, unos vínculos sociales y ‘capacidades’ ya adquiridas. Los sujetos ‘habilitados’ de esta manera por el mundo de la vida renuevan a su vez los componentes del mundo de la vida, presentes sólo performativamente, por medio de sus propias interpretaciones y procesos de aprendizaje en la medida en que tratan de habérselas con los desafíos en el mundo -para ellos- objetivo”.

En este sentido, para cualquier reconstrucción histórica del pensamiento y de la praxis en las formaciones sociales, es necesario el análisis crítico-reflexivo sobre los procesos de adaptación y de aprendizaje moral en los mecanismos de integración y diferenciación social, que conduce al desarrollo del *aprendizaje social-cognitivo*, es decir, al proceso de autocerciora-



miento, como comprensión y confirmación de nuestras afirmaciones.

De sus múltiples reconocimientos, en Habermas, cabe destacar: Premio Hegel (1973), Premio Sigmund Freud (1976), Premio Theodor W. Adorno (1980), Premio Scholl Siblings (1985), Premio Gottfried Wilhelm Leibniz (1986), Premio Sonning (1987), Premio Karl Jaspers (1995), Premio Theodor Heuss (1999), Premio de la Paz del Comercio Librero Alemán (2001), Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales (2003), Premio Kyoto (2004), Premio Holberg, Noruega (2005), Premio Viktor Frankl (2011), Premio Heinrich Heine (2012), Premio Erasmus (2013), Premio Kluge (2015), Pour le Mérite para las ciencias y las artes (2022), Medalla Dialéctica (2022), Premio Johan Skytte, de la Universidad de Uppsala, Suecia (2024), entre otros.

Entre su prolífica obra, se encuentra: *Lo absoluto y la historia. Sobre la ambigüedad en el pensamiento de Schelling* (1954); *Estudiantes y política. Un estudio sociológico de la conciencia política de los estudiantes de Frankfurt* (1962); *Teoría y praxis. Estudios de filosofía social* (1963); *La lógica de las ciencias sociales* (1963); *Ciencia y técnica como ideología* (1968); *Conocimiento e interés* (1968); *Perfiles filosófico-políticos* (1971); *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío* (1973); *La reconstrucción*

del materialismo histórico (1976); *Teoría de la acción comunicativa*, 2 vols. (1981); *Conciencia moral y acción comunicativa* (1983); *El discurso filosófico de la modernidad* (1985); *Pensamiento postmetafísico* (1988); *Aclaraciones a la ética del discurso* (1991); *Facticidad y validez. Sobre el Derecho y el Estado democrático de derecho en términos de teoría del discurso* (1992); *Más allá del Estado nacional* (1995); *La inclusión del otro. Estudios de teoría política* (1996); *Fragmentos filosófico-teológicos. De la impresión sensible a la expresión simbólica* (1997); *Verdad y justificación* (1999); *El futuro de la naturaleza humana. ¿Hacia una eugenesia liberal?* (2001); *Acción comunicativa y razón sin trascendencia* (2003); (con [Joseph Ratzinger](#)) *Dialéctica de la secularización. Sobre la razón y la religión* (2005); *El derecho internacional en la transición hacia un escenario posnacional* (2008); *Mundo de la vida, política y religión* (2012); *En la espiral de la tecnocracia* (2013); *El poder de la religión en la esfera pública* (2014); *También una historia de la filosofía*, 2 vols. (2019); *Un nuevo cambio estructural en la esfera pública y la política deliberativa* (2022); *Refugiados, migrantes e integración* (2022); *Una historia de la filosofía*, Vol. 2: *Libertad racional. Huellas del discurso sobre fe y saber* (2024), ente otros.

Jürgen Habermas, *Una historia de la filosofía. Volumen 1. La constelación occidental de fe y saber*, Madrid, Ed. Trotta, 2023, 765 páginas. 

Un cuentón de lágrimas



Por Eduardo Cruz Vázquez
Periodista, gestor cultural,
ex diplomático cultural, formador
de emprendedores culturales y ante
todo arqueólogo del sector cultural
angol97@yahoo.com.mx

Le escribí al ChatGPT que no sabía cómo contar una historia. Algo diferente a lo que suelo escribir en **Palabra**. Lo hice con el interés de que este diciembre abonara a la riqueza del catálogo de lecturas navideñas. Le indiqué la idea a desarrollar: “Alguien por algunos años fue reuniendo en un frasco las lágrimas que le brotaban a diario, con el propósito de regalárselas en Navidad a quien tanto amó. No sabía si, tras abrir el paquete, vendría un dramón amoroso o una burla en la destinataria del obsequio. Que el cuentito no sea cursi, por favor”.

El resultado, con alguna edición básica, es el siguiente:

Cuando se acercaba la Navidad, una idea peculiar cruzó su mente. Lleno de una mezcla de nostalgia, tristeza y un toque de irónica venganza, Martín decidió enviarle un frasco lleno de lágrimas como regalo a Julia. Fue a la oficina de correos del pueblo y, con manos temblorosas, empaquetó el frasco con sumo cuidado. Lo envolvió en un papel marrón, sellándolo con una tarjeta en la que escribió: “Lágrimas certificadas para un sabroso güisqui. Feliz Navidad”.

Al recibir el pequeño sobre, Julia sintió una punzada de sorpresa. Despacio, lo desenvolvió y con el tarrito a la vista, leyó el mensaje de puño y letra. Esbozó una sonrisa irónica conforme desentrañaba el que, después de tanto tiempo, reapareciera su expareja. Sin asomo de duda abrió el congelador, liberó una bandeja de cubitos de hielo y lo llenó con el líquido opaco, ciertamente denso. No resistió la tentación de probar. “Qué bárbaro”, soltó. “¡Sí me acuerdo del sabor!”.

Al día siguiente, Julia decidió servirse el güisqui y, con honrosa teatralidad, colocó los cubitos de lágrimas en la bebida. Los pequeños bloques de



Foto: Cortesía

hielo comenzaron a derretirse lentamente, liberando el pasado en diminutas corrientes de agua salada. Degustó con satisfacción, sin remordimiento, con sobrado orgullo, finalmente no todo había sido ingrato.

Levantó el güisqui para brindar, lanzando al silencio: “Por haber tenido el valor de marcharme”. “Por haber elegido seguir adelante sin ataduras”. “Bendito *whatsapp*, me salvó del show de la despedida cara a cara”. Y mientras el hielo estaba por desaparecer, ella también sentía cómo se desvanecía cualquier rastro de culpa por no haberse encontrado con él una vez que decidió cortarlo. Con cada sorbo, celebraba su libertad y su decisión de no volver atrás.

Para Martín, en cambio, el vacío se hizo aún más profundo. Tal vez, en algún rincón de su mente, había creído que aquel montón de lágrimas podrían servir para abrir alguna recapitulación reparatoria. Pero en el fondo, sabía que el gesto tenía más

invocación milagrosa que de esperanza en esclarecer lo ocurrido.

La Navidad pasó, y con ella se comenzaron a espaciar los goteos que se habían hecho costumbre en Martín. Se aterró. ¿Al fin había quedado vacío de lágrimas? El pánico se apoderó de él. ¿Qué haría si llegase a necesitar juntar sus saladas aguas para otra situación similar en los años que le restaban de vida? ¿Qué haría ante los muertos y ante las pérdidas que aún le esperaban si no brotarían sus tempestuosas aguas?

Cuando Julia terminaba el último sorbo, tocaron a la puerta. Vio la hora. Siempre exigía puntualidad a su invitado para la comida de los sábados, para cumplir el ritual de sus goces que abandonó por algunos años por dedicarse enteramente a Martín.

—Ya te tomaste el primero sin mí—, dejó escapar la chica. **P**

*Feliz Navidad y próspero 2025.

HERMANOS MARX:

SURREALISMO BLACK & WHITE

Más de cien años han pasado desde que André Breton hiciera circular, en octubre de 1924, el Manifeste du surréalisme —conocido como Primer manifiesto del surrealismo—, sosteniendo freudianamente que la locura y su séquito, sobre todo en el siglo XX y en América, lograrían ser también un salto a la liberación...



Por Rael Salvador
Escritor y editor
raelart@hotmail.com

Más anarquistas que Proudhon, Bakunin, Kropotkin y Malatesta juntos, los Hermanos Marx revolucionaron la mascarada cinematográfica en los albores del siglo XX.

Primero, elevaron la carpa teatral a la categoría intelectual de un *vaudeville* ilustrado, y para ello el recurso fue el musical sin linaje, el malabarismo verbal, la comedia descomedida, la acrobacia sexual, el humor bigoteando al horror; es decir, el surrealismo *Black & White*...

La estética del caos, precursora poética de la farándula estadounidense, categorizada en un Hollywood de afinidades coreográficas, voluptuosidad literaria y empresarios bucólicos, donde los “hombres han de ser viejos, la mujeres ardientes y el champán frío”, a decir del Capitán Spaulding.

El absurdo desquiciado en romance “noir” con la desesperación irreverente, el refinado humor gástrico que no pudo balbucear el vagabundo mudo, Charles Chaplin, mucho menos el “Cara de Piedra” Keaton,

quienes se conformaron con la pantomima frenética y la narrativa biselada en la actuación, por no decir nada de *The Little Rascals*, silenciados un tiempo, parlanchines el resto. (Las series cómicas de TV norteamericana vendrían a cerrar el dilema: *The Abbott and Costello Show*, *Laurel and Hardy*... hasta llegar a la demacrada *I Love Lucy*.)

Los tres Hermanos Marx son cuatro: Chico, Harpo, Groucho, Gummo y Zeppo. Sí, alguna vez fueron cinco... quizá seis, si incluimos a la condesa enojada Margaret Dumont, la imprescindible depositaria de las bromas edípicas de un Groucho satírico.

Catalogados por el Papa André Breton (joven corrector de Marcel Proust), los *Marx Bros.* son bautizados como miembros distinguidos del surrealismo parisino —reseñados por Antonin Artaud y comentados por Philippe Soupault—, al grado que, a mediados de los años treinta del siglo XX, Salvador Dalí escribe un guion a cuatro manos —dos son de Harpo—, titulado: *Jirafas en ensalada de lomos de caballo* (medimetroraje de escasos 30 minutos, luego llamado *La*

“Sobre las teclas del piano, una mano salta en fuga, dedo enhiesto que avanza y baila y se clava —en toma diagonal, picada, repetitiva, insistente, obsesiva—, que se incrusta con la música en la genitalidad del cerebro, llevando a su inocente espectador a un infinito orgasmo cósmico”



Fotos: Cortesía

Palabra

mujer surrealista, que incluye una cama de 60 pies de largo, enanos —a quienes Groucho quiebra nueces en sus calvas—, un buey ahogado, ciclistas barbones balanceando piedras sobre sus cabezas, jirafas en llamas y Chico usando un traje de buzo mientras toca el piano con intensidad wagneriana en tanto el Sol se hunde bajo el horizonte, por decir lo menos).

El coqueteo duró lo suficiente como para que Harpo y Groucho accedieran a servir de modelos al pintor de Figueras: “Estimado Salvador Dalí: he recibido un telegrama de Jo Forrestal diciendo que usted está interesado en mí como víctima. Emocionado ante la idea. El rodaje actual acabará dentro de seis semanas. Si viene al Oeste, estaré encantado de ser pintarrajeado por usted. Tengo una contrapropuesta: ¿Posaría para mí mientras yo poso para usted? Feliz año nuevo de un gran admirador de *La persistencia de la memoria*”, redacta, con su nada muda transgresión, Harpo Marx (quien además recibe en el seductor encuentro el obsequio navideño de una arpa moderna, la cual lleva como cuerdas alambre de púas y está tapizada por cucharas).

Dalí, después de visitar Los Ángeles en enero de 1937, relata lo siguiente: “Cuando llegué al jardín Harpo estaba desnudo, coronado de rosas, y en el centro de un verdadero bosque de arpas —estaba rodeado por al menos 500 arpas—. Acariciaba, como una nueva Leda, un deslumbrante cisne blanco, y le obsequiaba una estatua de la Venus de Milo hecha de queso, que rallaba contra las cuerdas del arpa más cercana”.

Chico, quien era el más grande de los hermanos —más bien “chick”, porque siempre iba tras las chicas, como Harpo en *The Cocoanuts*, pero fuera del set—, posee la cualidad de pianista nato: al interpretar la Rapsodia Húngara No. 2, con la polka (Barril de cerveza) de una mano inspiradora —que evoca a Luis Buñuel—, y renueva a Franz Liszt la trágica neumonía que lo empujó a la tumba.

Quizá la mano más psicológicamente tenebrosa del oscuro cine de Hollywood no sea la que utilizó Robert Florey en *La bestia de los cinco dedos* —homenajeando al de Calanda, quien la muestra en su máximo esplendor cenital en *Un perro Andaluz*—, sino la implicación, tortuosa y festiva, que diamantina la alucinógena carga delirante de la mano diestra de Chico en plena faena musical, gestual y libidinal...

Sobre las teclas del piano, una mano salta en fuga, dedo enhiesto que avanza y baila y se clava —en toma diagonal, picada, repetitiva, insistente, obsesiva—, que se incrusta con la música en la genitalidad del cerebro, llevando a su inocente espectador a un infinito orgas-



mo cósmico (salía de bañarme, con la cabellera escurriendo como los bigotes de Dalí, la toalla ajustada a la cintura y la obstinada resaca de tres días cortocircuitando la realidad, cuando volteo y observo mi rostro reflejado en el televisor —blanco y negro, en el canal de Atlanta— la escena circunscrita a la locura: la de Maradona no existía, en ese momento sólo la de Chico sustituía la mano de Dios...).

La he pasado bien con los Marx, tanto en el terreno cómico como en la especulación sociológica, ya que el lugar común —aborrecido por Groucho— permite su doble direccionalidad a partir de sus cuatro letras concisas, más estrechas que la palabra cuatro.

Con mi primer salario de profesor (octubre de 1984) compré el equipo de filmación —2 cámaras Super 8, con sus respectivos trípodes, luces emergentes y bastantes metros de película— y escribí guiones de cine surrealista y existencialista, apoyado por los manuales

de la UNAM, todo gracias a la magia familiar de los Hermanos Marx y su inigualable filmografía: *Los cuatro cocos*, *El conflicto de los Marx*, *Pistoleros de agua dulce*, *Plumas de caballo*, *Sopa de ganso* o *Una noche de ópera*, *Un día en las carreras*, *El hotel de los líos*, *Una tarde de circo*...

Ya no se hace surrealismo, sino que se provoca desde la más nauseabunda asepsia tecnológica y digital.

Han pasado 40 inviernos de mis lecturas a la obra autobiográfica del más representativo de los Marx —*Groucho y yo*, *Memorias de un amante sarnoso*, *Camas y Groucho* & *Chico*, *abogados*—, e igual número de años de haberme encargado del ciclo de proyección de sus películas en Extensión Universitaria (UABC), sin olvidar que en la sala de mi casa fueron funciones privadas, donde la brillantez dorada del whisky contrastaba con la sábana depositaria de un surrealismo *Black & White*. **P**

Palabra

Palabras para una muchacha con perlas llamada Kamala Harris

Con el triunfo del republicano Trump, la situación electoral estadounidense está resuelta; ahora sólo falta el análisis de los hechos e ir asimilando los casos contundentes —guerras, hambre, calentamiento global— que aquejan y atormentan al planeta



Por Lidia Jorge

Es escritora. Su último libro publicado es El viento silbando entre las grúas
lidiajorge.com

Un hombre de bien puede sentirse avergonzado incluso delante de un perro.

Antón Chéjov

1. Un antiguo reportero de guerra, que cubre actualmente la última semana de la campaña para las elecciones en los Estados Unidos de América, me cuenta por teléfono que, después de haber asistido al mitin de los republicanos en el legendario Madison Square Garden, al volver al hotel se había quedado inmóvil durante un buen rato frente al ordenador. Decía que, aunque quiso mover las manos, sus dedos eran incapaces de pulsar las teclas, y que sólo pudo empezar a moverlos después de abrir su agenda y toparse con la frase de Chéjov que recojo más arriba. Palabras que le dieron aliento para escribir el artículo que envió con retraso a su periódico. La explicación de toda esta dificultad se resumía de la siguiente forma: había visto, ante sus propios ojos, durante seis horas, cómo las democracias más consolidadas pueden decaer y pudrirse por sí solas.

2. Decir cosas así puede que no pase de mero cliché y, en términos de efectos, no va más allá de cuando llueve sobre mojado. Por mi parte, el tema de la decadencia irreversible de los imperios era un tema candente en las clases de Historia de la Cultura Clásica, cuando se estudiaba a Oswald Spengler y su visión decadentista era la base de la festiva cultura hippie. Arnold J. Toynbee, más esperanzador y más místico, añadió con firmeza que las civilizaciones mueren por suicidio y no por asesinato. Dicho con otras palabras, lo mismo que afirmaba el antiguo reportero de guerra.

Lo que más le impresionó de todo fue el deprimente



Kamala Harris, por Guillermo Serrano Amat.

“Decir cosas así puede que no pase de mero cliché y, en términos de efectos, no va más allá de cuando llueve sobre mojado”

nivel de los chistes, incluidos los de Donald Trump Jr., cuando animaba a sus seguidores a acudir a las urnas, diciendo que debían esperar pacientemente como si fueran el tercer mono en la fila para el Arca, y ya hubiera empezado a llover... Pasando por Tony Hinchcliffe se refirió a Puerto Rico como una isla de basura flotante, y a los latinos como gente a la que lo único que les gusta es tener niños. O el grito de Elon Musk, el millonario más rico del mundo, que saludó a la multitud quitándose la gorra y soltando una especie de rugido, a imitación del grito de Tarzán con la voz de Johnny Weissmüller. Lo cierto es que todo esto y mucho más fue recogido de inmediato por la prensa, lo que de verdad acrecentaba el malestar de alguien que había visto muchas veces matar y morir en

escenarios bélicos fue la imposibilidad de dismantelar el circo pirómano en el que se han convertido las elecciones estadounidenses, como si su vocación fuera la de crecer sin freno hasta un punto de degradación sin retorno. Era como asistir a la explosión de un artefacto que no supo nombrar y que parecía ser letal.

3. Pero su traumática convicción también provenía de la calle, de los argumentos irracionales y mesiánicos que había oído propagar a gritos en las avenidas que bordean el Madison Square Garden. En cambio, esa misma noche la campaña demócrata pasó casi desapercibida, con Kamala Harris abrazando a recién nacidos y dando besos a ancianas. Fue una suerte de representación al revés, como si todos los pasos, de un lado a otro, formaran parte de una gigantesca pieza teatral. La pregunta relevante es la siguiente: Escenificación por escenificación, ¿cuántos preferirán, en días recientes y presentes, la imagen de la moderación contenida frente al espectáculo del baile histérico y del pugilismo verbal?

4. El tema es demasiado complejo como para no inhibir las manos sobre un teclado. En 2001, cuando se produjeron los ataques a las Torres Gemelas, muchos de nosotros dijimos: “Ahora mismo, todos somos estadounidenses”. Tal vez debamos decirlo de nuevo y ahora con más propiedad. No estamos fuera de este peligroso juego, no somos ajenos a esta deriva hacia el caos. Como europeos de periferia, los íberos crecimos inmersos en la prodigiosa mitología norteamericana. La ciencia, la música, la literatura, el cine, sobre todo el cine, los grandes logros y empresas, los rascacielos de nuestra imaginación, la inmensidad de las llanuras, los bosques, las montañas, las cascadas, todas las grandes películas que los tuvieron como escenarios, llenaron los sueños de nuestras vidas, incluso cuando la supremacía y la furia imperialistas nos dejaban llenos de revueltas y crisis nerviosas. Pero la ONU estableció su sede en Nueva York y la OTAN surgió con fines de defensa y no de agresión. Seamos francos, cada día que pasa, la ONU se reduce cada vez más a un aparatoso foro paralizado, con todas sus cartas marcadas. Y la OTAN, una fuerza poderosa, no tiene fuerza alguna porque, si desata la fuerza que tiene frente a los demás agresores, la Tierra saltará por los aires. La OTAN delimita sus propias fronteras, pero su propia arquitectura le impide actuar. Ahora, tanto una organización como la otra, nuestros mayores referentes, hasta hace poco paraguas de la humanidad, llevan consigo, en su paralización, el rostro de los Estados Unidos de América.

Por el contrario, la carrera circense hacia la Casa Blanca no puede dejar de hacer reír a carcajadas a los tiranos que encierran bajo siete llaves la libertad de sus

“La carrera circense hacia la Casa Blanca no puede dejar de hacer reír a carcajadas a los tiranos que encierran bajo siete llaves la libertad de sus conciudadanos en sus países”

conciudadanos en sus países. Y, por mimetismo, en las democracias, esa carrera ofrece a los candidatos extremistas, que ahora actúan por todas partes, un guion que se afanan por reproducir a la perfección. Por eso, en medio de esta carrera, pienso en Kamala Harris, que acuna a niños y besa a desconocidos, en ambientes privados, bajo los focos, la veo como una figura con pose angelical, tratando de mantener en medio del desorden una actitud de serenidad. Serenidad y compostura, que muchos elogian, pero a las que el mundo ya no recurre.

5. Quienes no tienen esquemas fijos de interpretación de la personalidad de los demás parten de realidades parceladas. Yo pertenezco a ese grupo de personas que se sitúan humildemente al margen. En lo que se refiere a Kamala Harris, lo único que escucho es denigrar sus propuestas, decir que no existen, hablar de su falta de preparación, de sus errores, de sus frases radicales, de su temperamento temerario. De aquel fatídico día en el que, vicepresidente, en Guatemala, pidió con franqueza a los guatemaltecos: “¡Por favor, no viajen a Estados Unidos!”.

Yo, sin embargo, he rebuscado en su trayectoria y

he encontrado otros valores diferentes. No voy a describirlos, están en películas, en libros y en internet. De su biografía, me quedo con una nota importante: hubo un momento en que Kamala Harris, cuando el asedio contra las mujeres afroamericanas se intensificaba, formó junto con sus amigas un grupo de resistencia. Por una cuestión de amor propio, acordaron que nunca saldrían a la calle sin arreglar. Harris se ponía siempre collares de perlas blancas sobre sus blusas oscuras. La imagen de estas perlas, en medio de la delirante carrera que paralizó por unos momentos la mano del antiguo reportero de guerra, seguramente no le hará ganar ningún voto. Creo, sin embargo, que le hará honor.

En un mundo sin vergüenza, ¿de qué sirve el honor? La vergüenza cohabita con la verdad y ha sido sustituida por la estrategia que estructura la información y condiciona la realidad. Mi convicción es que, tarde o temprano, despertaremos de esta pesadilla. Una pesadilla que no vive entre Nueva York y Pensilvania, sino que se extiende por todo el mundo. Cuando los norteamericanos despierten de la pesadilla, creo que nosotros, los europeos, por la dura fuerza de las circunstancias, ya nos habremos visto obligados a despertar por nuestra cuenta. ⑤



Foto: Archivo Palabra

LA GUERRA ETERNA

*Un coro de intereses creados impide que el conflicto
En Oriente Próximo llegue a su fin*



Por Alberto Manguel
Escritor y editor argentino-canadiense,
autor de Una historia de la lectura
@albertomanguel

La actual guerra en Oriente Próximo es, en el sentido más cabal de la palabra, un círculo vicioso. ¿Dónde comienza un círculo? ¿Cuál es el punto de partida? Netanyahu respondería que el conflicto nace con el sangriento ataque de Hamas el 7 de octubre de 2023 donde murieron mil 195 personas, israelíes y extranjeros. Según Hamás, el conflicto comienza mucho antes, con la creación del Estado de Israel en 1948, cuando 750 mil palestinos fueron desalojados de sus tierras para establecer una nueva nación. Los historiadores pueden elegir una u otra de esas fechas para intentar explicar esta guerra fratricida. Los teólogos podrían elegir una anterior, cuando el divisionario Jehová ordena a Abraham quedarse con Sarah, madre de Isaac, de quien descenderán los hebreos, y echar de casa a su compañera Hagar junto con su hijo Ismael, quien, según la tradición, es el padre de los árabes. La Biblia nos enseña que, empezando por Caín y Abel, Jehová está siempre sembrando cizaña entre hermanos, ignorando el consejo que algún tiempo después el viejo Vizcacha le dará a Martín Fierro ley primera: que los hermanos sean unidos porque “si entre ellos pelean / los devoran los de afuera”. Así está sucediendo ahora.

Los griegos conocían estas sangrientas historias de nunca acabar. Para cortar sus círculos viciosos (la maldición de la Casa de Atreo, por ejemplo), los griegos inventaron el *deus ex machina*. En el caso de *La Orestíada* es una *dea*, la diosa Atenea, quien transforma las implacables Furias vengadoras en las Euménides, las benévolas, y acaba así con los asesinatos en serie. El público griego exigía resolución.

Pero en nuestro siglo XXI las cosas no pueden ser resueltas con tal elegancia. Un coro de intereses creados está

“La Codicia y la Ambición (con perdón por el uso de estas banales alegorías) se creen inmortales y más allá de todo perjuicio”

implacablemente en escena para impedir que las Furias se vuelvan benévolas y que el conflicto llegue a su fin. Los políticos cuya ambición depende de ser vistos como ganadores, los comerciantes de armas que acumulan fortunas con sus ventas, los pequeños inversores que reciben intereses de ese comercio infame, los poderes extranjeros que buscan mantener sus posiciones dejando que los otros se destruyan entre sí, todos ellos no quieren que el círculo vicioso se interrumpa. La Codicia y la Ambición (con perdón por el uso de estas banales alegorías) se creen inmortales y más allá de todo perjuicio. No quieren entender que la ley del talión, que exige “ojo por ojo,” inevitablemente resulta, como dijo Gandi, en una ceguera mundial.

Assaf Orion, ex general de brigada israelí, comentando la situación presente, observó que no podemos prever la conclusión del conflicto porque “aún estamos en la mitad de la película”. Por lo que estamos viendo, el público no está apostando a un final feliz.

Eurípides quiso que Atenea hiciese entrar a las Euménides a la ciudad para radicar la benevolencia en el seno mismo de la sociedad en conflicto. Con idéntico objetivo, los místicos ponen su fe en la intrínseca (y necesaria) coherencia del mundo. El cabalista Isaac Luria habló de ciertas chispas de luz (*nitsutsot*) atrapadas dentro de nódulos malignos (*klippot*) que son liberadas mediante nuestros actos benéficos (*mitsvot*), iluminando así un



universo que se ha vuelto diabólicamente oscuro. El credo musulmán dice lo mismo. “Un acto benévolo (*sadaqah*) extingue el pecado como el agua extingue el fuego”, reza un dicho del Profeta. Permitir la entrada de la benevolencia (la buena voluntad) en una sociedad en conflicto es posible sólo a través del diálogo. Y eso es lo que los artífices de esta guerra no quieren: no quieren que Caín se sienta a conversar con Abel.

Atenea no es sólo una diosa capaz de transformar a las Furias en seres benévolos. Varias veces en su ajetreada carrera, Atenea misma actúa como una Furia salvaje, sin bondad ni compasión, para alentar la guerra. En *Áyax*, una obra temprana de Sófocles, la diosa le anuncia a su protegido Ulises que *Áyax*, su enemigo, ha caído víctima de innumerables desgracias. Entonces Ulises da una respuesta que de pronto convierte al rey griego en un ser mucho más noble que la diosa guerrera: “El desdichado bien fue mi enemigo,” dice Ulises, “y, sin embargo, me compadezco de él cuando lo veo agobiado por las desgracias. Viéndolo, es en mí mismo más que en él que pienso, pues me doy cuenta que somos, todos los que vivimos sobre esta tierra, nada más que míseros fantasmas y sombras ingrátidas”. Atenea no sabe sentir la empatía que siente Ulises. Cómo los gobernantes de hoy, la diosa sólo piensa en términos de victoria o derrota, y nunca en crear un diálogo entre supuestos enemigos. En su mundo, en el mundo de la codicia política, lo que cuenta es la victoria, por más imposible o ilusoria que parezca. **P**

EL TIEMPO DE LA MARIPOSA

Escribe Mónica Lavín, al respecto del bello libro de Selma Ancira, *El tiempo de la mariposa* (Gris tormenta, 2024), que la pasión de vivir unida al oficio de “traducir es hacer visible lo que de otro modo permanecería en la penumbra”, lo cual nos hace reflexionar que aquello que no se ve o vemos demasiado, no tiene la posibilidad de una interpretación.



Por Rael Salvador
Escritor y editor
raelart@hotmail.com

Por mi padre conocí a Mikis Theodorakis, siendo un niño, en los años 60 del siglo XX, y Theodorakis me llevó a Nikos Kazantzakis, autor de *Zorba el griego* (*Vida y andanzas de Alexis Zorba*, 1946), *Cristo de nuevo crucificado* (1948), y *La última tentación de Cristo* (1953), quien ha significado mucho en mi existencia. Leer su autobiografía, *Carta al Greco* (1957), me brindó la felicidad terrenal ofreciéndome la medida del hombre ante sus imaginarios, porque como él mismo dice: “La felicidad es un ave doméstica que se encuentra en el patio de nuestra propia casa”.

¿Cómo no recordar en este instante el cierre de la película de *Zorba el griego*? (dirigida por Mihalis Kakogiannis), cuando el maravilloso Zorba es convidado, después de la “gran” catástrofe —escenario de una inusual embriaguez cósmica y mundana—, a ofrecer la lección de baile a quien buscaba la vida —el escritor Basil— perdiéndose intelectualmente en la biografía de Buda.

Nunca imaginé que ese baile y esa música, compuesta por Theodorakis, me llevarían a conocer a uno de los más grandes escritores griegos de todos los tiempos... Y que ahora —pasados los años y generando el relato de su relación pasional con Kazantzakis— Selma Ancira rinde tributo inigualable al narrar los pormenores de una indagación profunda en el terreno del espíritu y, de igual modo, en la Grecia que aún conserva los tesoros del lenguaje de una de las obras más emblemática de todos los tiempos.

Como la pequeña Selma, vi yo también a mi padre bailar sonriente, muy alegre, junto a la consola, a la orilla de la amplia sala de la casa, y escuché la majestuosidad melodiosa de *Zorba el griego*, pieza memorable, de piel en cuerpo, de cuerpo en piel, de movimiento en mo-

“Como la pequeña Selma, vi yo también a mi padre bailar sonriente, muy alegre, junto a la consola, a la orilla de la amplia sala de la casa, y escuché la majestuosidad melodiosa de *Zorba el griego*”

vimiento, banda musical de la película estrenada en 1964, donde el *bouzouki*, también conocida como “guitarra del Sol”, va cadenciosamente aumentando de emisión a emoción, para que Zorba (Anthony Quinn) y Basil (Alan Bates) registren en la memoria colectiva de la humanidad la danza o “sirtaki”, que ofrecerá presencia universal a esta nueva Grecia de los años posteriores a la posguerra y que no dejaremos de bailar hasta el fin de los tiempos.

Cuenta Selma Ancira que Kazantzakis llegó a su vida cuando contaba con poco más de ocho años: “Antes de ser palabra, fue música”, una música divina y, como ella dice, “sugerente”, que la invitaba a bailar: “En casa aprendimos el baile. Supe que en la película el papel

de Zorba lo interpretaba Anthony Quinn, a quien mi padre, también actor, admiraba. Y que el escritorzuelo, el chupatintas, era Alan Bates”, otro gran histrión que entusiasmaba a Carlos Ancira, progenitor de la traductora de Lev Tolstói, Marina Tsvietáieva y Yannis Ritsos.

El tiempo de la mariposa es un viaje largo, en un libro corto, que parte del cruce superlativo del arte en México —esas creaciones que nos marcaron desde el hogar— hacia las academias de Rusia, con estancias en diversos planos de la traducción, y que nos lleva a la Grecia moderna —donde Kazantzakis aún es un fresco torrente de vida—, repasando la entereza de una joven, la misma Selma Ancira, que recrea sus pasiones para hacerse de la vitalidad de un ramillete de lenguas, que ahora traslucen en memoria en estas páginas inigualables. 



Foto: Archivo Palabra

LA PALABRA ROSA

Rosa era mujer cuando ser mujer suponía no contar, no pensar, no crear, no dirigir, someterse al celeste ya vuelto azul oscuro



Por **Martín Caparrós**

Escritor y periodista argentino, autor de *El hambre y Ñamérica*
@martin_caparros

Su poder era extremo: rosa se dice más o menos rosa —*rose, rosen, rozen, roza, rozsa, ruža, růže, ruus, ruusu, roos, ross, arrosa*— en todas las lenguas del Occidente y sus alrededores: pocas palabras tan unánimes. Pero pocas, también, han perdido tanto últimamente como la palabra *rosa*. De muy diversas formas: para empezar, por el abono del latín. Durante dos milenios, en Occidente, nadie era culto —o mágico— si no sabía latín: tras muchos siglos como *lingua franca*, el latín fue la lengua de un dios y de los científicos que lo fueron limando. Y el emblema —o la caricatura— de su aprendizaje era una clase de jovencitos sin jovencitas recitando la declinación de la palabra *rosa*: *rosa rosa rosam rosae rosae rosa*. A mí todavía me tocó —y lo recuerdo con cariño—, pero ahora sólo resuena en algún seminario semivacío, cosas de curas que los curas ignoran.

Pero la rosa fue más que nada un símbolo: del amor, por ejemplo. En la historia, a lo bestia: la primera noche entre Cleopatra y Marco Antonio se debatió sobre un colchón de 45 centímetros de pétalos de rosas. La rosa era la flor de querer por excelencia: ofrecer un ramo de rosas no solía ser impune —y todavía la mejor fiesta española, Sant Jordi, se sintetiza en el regalo de una rosa. Pero la rosa fue, también, pese a las apariencias, un emblema de guerra —como en la guerra de las Dos Rosas, Inglaterra, 1455, entre los York y su rosa blanca y los Lancaster y su rosa roja. Y, tantos siglos después, fueron los rosacruces —místicos y secretos— o las “rosas blancas”, —aque-llos estudiantes alemanes decapitados por complotar contra Hitler— o, incluso, el socialismo.

Pero no hay rosa como el color rosa —ni abandono tan grande y tan afortunado. Durante mucho tiempo las cosas estuvieron asquerosamente claras: el celeste era el color de los nenes, el rosa el de las nenas. Lo inventaron, dicen, hace un par de siglos, los orfanatos



Foto: Cortesía

franceses para diferenciar a sus pupilos, pero aún así la moda prendió, se convirtió en un orden. Y había que respetarlo: cuando no se podía prever el sexo de los bebés —hasta hace nada—, las protoabuelas precavidas se armaban con escarpines y batitas de los dos colores, por si acaso. Y los demás cercanos esperaban que exhibiera su sexo para regalarle una ropa que cumpliera el código: celeste para ellos, un festejo; rosa para ellas, un consuelo.

“La rosa fue más que nada un símbolo: del amor, por ejemplo. En la historia, a lo bestia: la primera noche entre Cleopatra y Marco Antonio se debatió sobre un colchón de 45 centímetros de pétalos de rosas”

Ellos, en algún momento, dejaban de ser celestes, pero ellas seguían siendo rosa muchos años: sus delantales, sus juguetes, sus ropas eran rosas; su mundo era rosita. En aquel raro reparto, rosa era sinónimo de mujer y mujer significaba hogar, dulzura, sumisión, cuidado, aceptación de un papel que las dejaba fuera de todo lo que pudiera considerarse serio. Rosa era mujer en el aspecto más decorativo y servicial de la palabra; rosa era mujer cuando ser mujer suponía no contar, no pensar, no crear, no dirigir, someterse al celeste ya vuelto azul oscuro. Por eso había “prensa rosa”, esos medios que lucran con la envidia contando chismes de vecinas que nunca lo serán, y “novelitas rosas” donde el amor era una crema inglesa; por eso los nazis marcaban con un triángulo

rosa a los hombres que no querían ser azul oscuro.

La vida en rosa parecía arrumbada en el desván de lo más ñoño, pero vaya a saber. Ahora hay intentos de apropiarse del rosa —*Barbie*, la película, por ejemplo— como si todo aquello no hubiera sucedido, como si las chicas rosita estuvieran en el mismo nivel que los superhéroes o los zombis, pero fue, existió, y no sé si existe todavía. Les cuento: cuando empecé a escribir estas palabras me daba mucha curiosidad saber si el rosa —y la palabra rosa— ocupaba todavía algún resto de ese lugar cursi que tuvo tanto tiempo, si hay mujeres que rechazan vestirse de rosa para no ser esas mujeres, si hay hombres que lo extrañan, si sigue siendo algo de lo que fue. Y, leyendo al respecto, me encontré con que el rosa y sus modulaciones encabezan un movimiento poderoso: 17 millones 700 mil veces alguien buscó en TikTok el *hashtag* #*coquette*, el rosa actual. El “movimiento Coquette” —coqueta— son mujeres que reivindican su derecho a ser rosas, a vestirse de nenas o de moños, a rechazar la idea de que, para conseguir más igualdad, se deben disfrazar de hombres. Tienen, por supuesto, sus razones, y para reafirmarlas se disfrazan de niñas de otros tiempos, de cortesanas de María Antonieta, de bombones. Es coherente: en estos tiempos la crítica del presente no suele ser una propuesta de futuro sino una vuelta a algún pasado. Rosa, digamos, y *coquette*. **P**